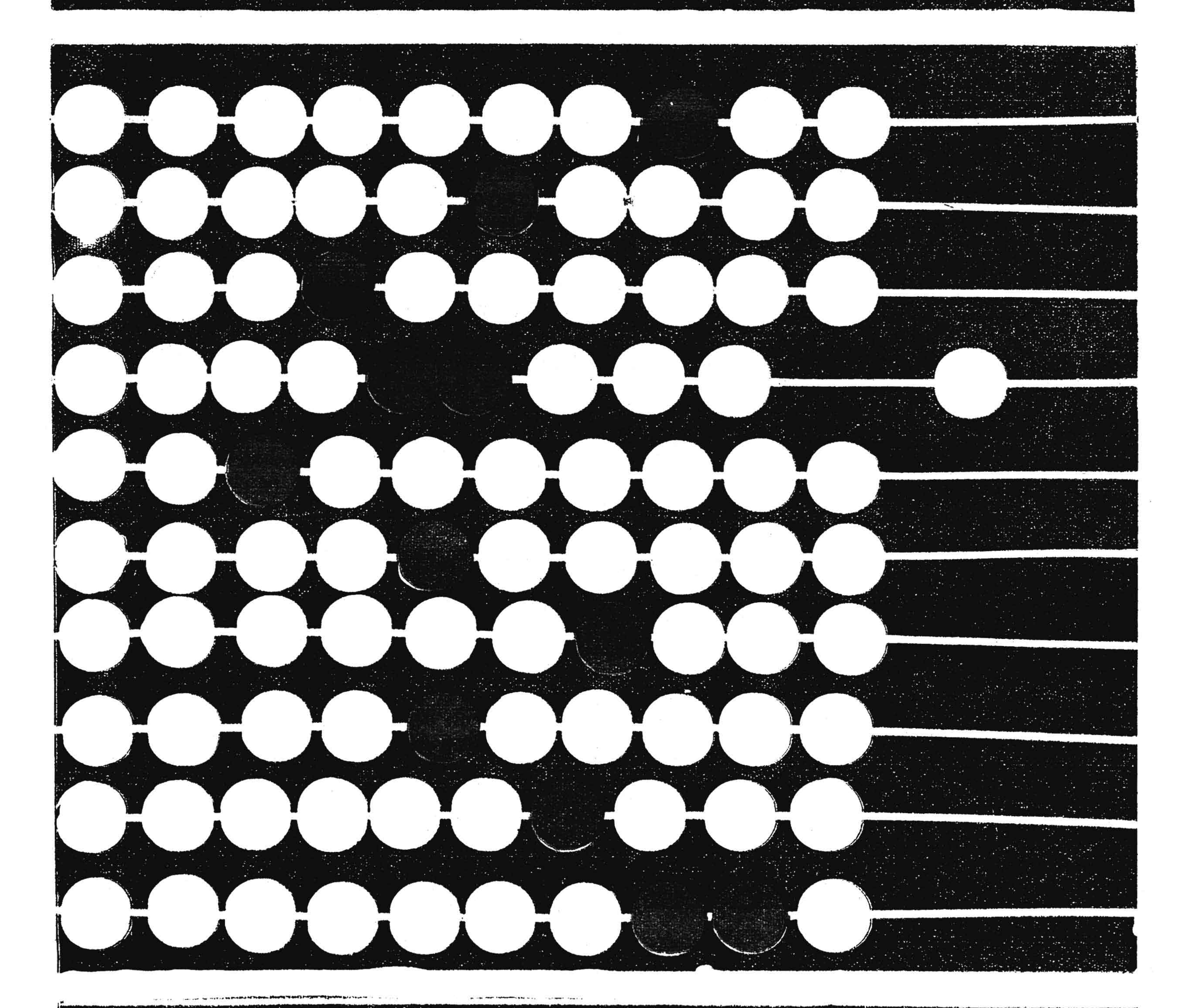
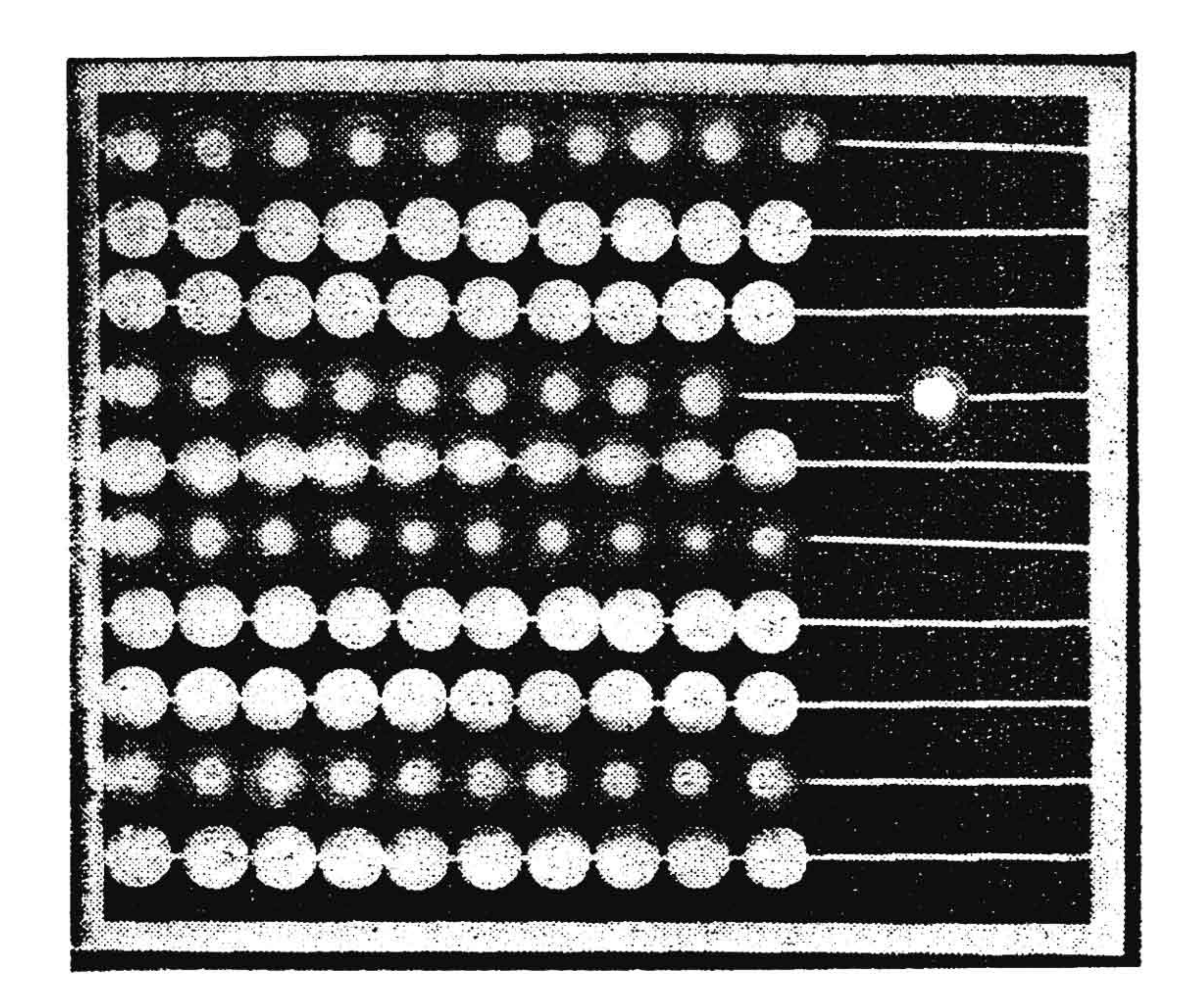
A PARTIR DE CERO



lunes de revolución



LA NUEVA LITERATURA

Sin duda, **A Partir de Cero** ha sido un experimento interesante. Ha servido, entre otras cosas, para tomar contacto directo con los escritores que hacen sus primeras salidas. A través de sus envíos hemos podido hacer la consiguiente composición de lugar: qué se escribe en Cuba, cuánto se escribe, cómo se escribe. De junio seis del presente año en que comenzamos con la Sección, al actual mes de diciembre, hemos recibido unas trescientas colaboraciones. Su detalle es como sigue: aproximadamente cien poemas; cinco obras de teatro; dos o tres ensayos; el resto, cuentos. En cuanto al contenido de las mismas, me remito a la clasificación que ofrecí en el número 62 de LUNES. Sobre unos cincuenta envíos se tocaban temas tales como la Revolución, el Amor, la Pasión, el Más Allá y el cuento de base psicológica. Vimos, asimismo, que había un porcentaje apreciable de lo que yo definía como "literatura inefable", es decir, relatos o poemas sin asunto preciso caracterizados por la vaguedad en las ideas.

Pues bien, la situación es la misma al día de la fecha. Este esquema sigue siendo válido para estos principiantes y sus colaboraciones. Hay una gran voluntad de expresarse, pero al mismo tiempo no se está bien consciente de lo que se escribe. Quisiera recordar a los jóvenes escritores, que entre ellos y los que ya tienen años y cierta obra, está de por medio nada menos que una Revolución. A cada envío que recibo mi sorpresa aumenta ante la ausencia de producciones que se ocupen de la vida cubana del Primero de Enero de 1959 a la fecha. Esta vida, si es que no queremos escamotear la realidad, ha cambiado en sus fundamentos, y dos años es tiempo suficiente para incorporarla a los temas de un escritor. Muchos de estos escritores abundan, por ejemplo, en los problemas del campo cubano referidos al pasado —latifundismo, miseria del guajiro, conflictos pasionales de los mismos—, etc. Y es comprensible que buceen en el pasado, pues toda historia cumplida es terreno firme que se pisa. Los resultados serán excelentes, pero al mismo tiempo sentimos que la atención concedida a dicho pasado contribuye a velar el presente. Por otra parte, si estos jóvenes se atrincheran en los días muertos, es muy posible que su visión de los días vivos, es decir, de la actualidad, se vaya recortando de tal modo que ésta termine por hacerse invisible. Basta con mirar a nuestro alrededor para comprobar que Cuba 1960 está llena de proyectos, de realizaciones, de problemas, que nos tocan muy de cerca y que, minuto a minuto van conformando nuestra vida. Por tanto, será de suma importancia para el escritor "fijar" esa realidad. Veremos entonces cómo se nos simplifica y aclara el arduo problema de la expresión. También compro-

director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
número 85, diciembre 5, 1960

este número ha estado bajo la responsabilidad de virgilio piñera.

baremos que los temas, por el hecho mismo de tomarlos a nuestra circunstancia, no se nos dan ni forzados ni gratuitos. Esas que aparecen como proposiciones tremendas —casi diría que apocalípticas—, es decir, la Forma y el Contenido, vendrán por sí mismas a uncirse dócilmente a nuestro carro.

No es posible, en vista de todo lo dicho anteriormente, y en vista de una madurez que vamos alcanzando, que la nueva literatura cubana prosiga con los antiguos moldes. Ella debe ser un acto tan fehaciente como la Reforma Agraria o como la nacionalización de las empresas extranjeras. El nuevo escritor se expresará según su leal saber y entender; el nuevo escritor tendrá toda libertad para relatar o cantar, pero al mismo tiempo no perderá de vista la realidad so pena de girar sobre sí mismo como lo hace un astro muerto en el espacio.

Virgilio Piñera.



EL PARQUE

por carlos segala

El parque es una abstracción en medio del bullicio. Los que van a trabajar evaden la presencia del parque. Les es extraño. Si lo atraviesan lo hacen absortos, automáticamente, con mirada de papeles clavada en el suelo. No sabrían decir después si pasaron por él.

Vagabundos y mendigos que no piden, vecinos de cuartos estrechos, desocupados, jubilados, ancianos y amantes pobres se dan cita aquí mientras una sonrisa de parque llena las aulas y una sinfonía hueca de máquinas de escribir y "air conditioneds" asciende a los techos de la ciudad.

Gente abstraída, lejana, como si hubieran sido lanzadas sobre el parque sin cruzar las calles. Y sus miradas, perdidas en unos pocos metros, no parecen conocer el tráfico, ni los edificios, ni el humo, ni la gente. Son los habitantes del parque. Obedecen a una ley rara, una ley de sombras tenues proyectadas en los bancos y de bolitas de laurel que golpean sus cabezas y rebotan en el suelo. No, no conocen la ciudad. Casi que yo tampoco la conozco aquí. Para nosotros los ciudadanos del parque la ciudad no existe. Sólo existe nuestro parque, con su patriota, sus arbustos y sus sueños de campo. Nosotros los ciudadanos del parque somos como sus plantas. No conocemos la ciudad porque no podemos vivir sembrados en el asfalto, sino en la tierra, aunque sea en la tierra del parque. Es como un narcótico. No se oyen los ruidos, o se oyen lejos, sin sentirlos. Un sopor, un aire, una ilusión chiquita de arroyos y flores de prados y lomas suaves está colada en cada esquina, en cada farol, en cada grieta de nuestro parque. Nuestro parque. Nuestro parque es de todos los que quieran detenerse en él.

Un hombre lee la inscripción de la estatua. Un mulato viejo, de pelo blanco, se mira las manos. —Aún viven, ¿Y ya no sirven?— quizás se pregunte en silencio.

A mi espalda se masculla algo en inglés. ¿Pero cómo?, junto a nuestro parque hay autos estacionados, y allí doblan las guaguas y se escuchan frenazos. Y más allá hombres con maletas y puertas que dicen "EMPUJE" y bocas rojas que mastican pastelitos y café de tres centavos y libros y revistas y gritos y sudor y colillas, y andares apresurados y manos extendidas y paqueticos de cuchillas y claxones y risas y rostros tensos y hombres que hablan y caderas y vistas fijas y hombres con corbata y hombres con harapos y hombres que caminan,... que caminan, que anhelan, que buscan,... que se cansan.

Ya no estoy en el parque. Ya no lo recuerdo.



La anciana se detuvo en mitad de la escalera y desde allí recorrió el salón con la vista.

—¡Mirian! ¿Está usted allí abajo, señorita Mirian?

No obtuvo respuesta. En toda la casa reinaba un silencio casi palpable. Bien conocía ella aquel silencio. Lo había visto entrar, frío y silencioso como las almas de los muertos y luego quedarse allí, en los muebles, el techo, en las paredes. Se hallaba lo mismo en el aire que se respiraba que en los alimentos que se ingerían. A todas horas, todos los días. Desde hacía tiempo venía venciéndose a sí misma para soportarlo y aún no acababa de acostumbrarse.

¡Mirian, señorita Mi ian!

Esperó unos instantes, luego, cuando ya se disponía a regresar algo llamó su atención: un hilillo de humo surgía por detrás del sofá. La anciana se apoyó un instante en la baranda para reflexionar. Hacía tiempo que Mirian había dejado el cigarro y fuera de ella nadie más fumaba en la casa. Intrigada, caminó con paso lento, sin llegar a comprender.

—Señorita Mirian, hace rato que la estoy llamando y usted no responde. ¿Le pasa algo? —Su voz había cambiado por completo y en su rostro comenzó a reflejarse una viva preocupación. Caminó en derredor del sofá y fue a detenerse frente a la muchacha. El piso estaba lleno de revistas, colillas de cigarros y ceniza, lo que indicaba que ésta llevaba más tiempo allí de lo que ella hubiera podido calcular. La sombra de una mala idea la hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Mira cómo llueve, Paulina —Parecía tener un nudo en la garganta. —¿No es terrible que tenga que escoger el día de hoy para llover de esa manera?

—¿Qué? ¡Ah!, sí; la lluvia. Pero no debe preocuparse por eso, señorita Mirian. Usted verá cómo ahorita mismo escampa y el sol vuelve a salir de nuevo— su naturalidad era forzada.

La muchacha se quedó mirando para la cristalería del patio, como si en aquel lugar hubiera algo fascinante que absorbiera su atención. Las palabras de la anciana no le habían producido ningún efecto; más bien parecía no haberse dado por enterada. Fumaba con la ansiedad de un vicioso, la vista distraída y el rostro sin expresión definida. A su lado, sin saber qué hacer ni qué decir la anciana observaba cada uno de sus gestos con creciente intranquilidad.

Lo cierto era que estaba lloviendo, algo tan natural como nacer o como morir; pero aparte de eso no veía nada por lo que mereciera la pena preocuparse. Sin embargo, tratándose de Mirian todo podía esperarse. Desde no molestarse en contestar aunque la estuvieran llamando a gritos hasta caer enferma por estar lloviendo. Alzó los hombros y luego se quedó mirando también la lluvia a través de los cristales. Caía en el jardín, a un solo ritmo, pesada. Las plantas inclinaban las ramas vencidas mientras en el pavimento se iban formando pequeños torrentes. Abundaban allí los crotos: Emperador, Presidente, Lluvia de Oro. Marpacíficos nevados y otros con sus moños en amarillo, violeta, rojo. Más allá variedad de mosaicos, califa roja y verde ribeteada de blanco. Muchas de ellas habían sido plantadas por Mirian con sus propias manos. Eran otros tiempos; cuando ella reía y toda la casa se llenaba con su risa, o estaba seria y en el jardín parecía caer una como sombra de tristeza. Se hallaba tan distraída que no notó cuándo la joven se incorporó en el sofá.

—¿Tú crees que escampe pronto, Paulina? —inquirió con voz débil.

La anciana se aproximó a los cristales y exploró la atmósfera.

—Yo creo que sí. De esta parte ya está aclarando— indicó con el brazo.

—Pero tiene que ser rápido —insistió—. Recuerda que todavía faltan muchas cosas que hacer. Paulina, parece que tú te has olvidado qué día es hoy.

—Yo no me he olvidado, señorita Mirian —se apresuró en decir—. Desde aquí mismo estoy mirando el almanaque.

—¿Y cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que hoy es el día de mi boda y el cielo parece que se está cayendo?

Se levantó y fue a situarse en el mismo sitio donde había estado parada la mujer, frente a los cristales. Con una mano bajo el mentón y la otra sosteniendo el codo, parecía reflexionar. Trancurrió el tiempo.

—Señorita Mirian, la señora hace rato que la está llamando desde allá arriba. Usted debía ir a ver para qué la quiere y dejar el agua que caiga si quiere caer. De todos modos eso no tiene remedio.

La muchacha la fulminó con la mirada. Todo el carácter voluntarioso de la niña mimada se le salía por los ojos.

—Paulina, hazme el maldito favor de no volver a repetírmelo. Mi mamá debía ser la primera en estar hoy a mi lado, dándome ánimos, y no ponerse a llamarme por boberías. Por lo visto aquí a nadie le importa que mi boda se celebre debajo del agua.

La anciana tragó en seco y en seguida, con gesto instintivo miró para la planta alta con la esperanza de ver aparecer a la señora. Aquella situación se estaba volviendo demasiado difícil para ella. Conocía quién era Mirian cuando cogía uno de sus arranques y ella estaba muy vieja para dominarla. Los tiempos habían cambiado. Antes ella solía hacerse dueña de la situación; le hablaba fuerte y la joven acababa por obedecerla. Pero ahora ya no podía. Le había perdido el respeto, sencillamente. Tampoco esperaba que la señora fuera a hacer gran cosa pero entre las dos juntas resultaba más fácil. Se quedó vigilando sus movimientos, incapaz de imaginar lo que haría al instante siguiente. El silencio se le hacía interminable. La voz de la muchacha le llegó como un murmullo lejano.

—Ni siquiera la modista puede venir con esta maldita agua. Lo único que me falta es que llegue la hora y el dichoso vestido no esté terminado.

Aplastó el cigarro con el pie y comenzó a pasearse de un lugar a otro, como una fiera enjaulada. Conmovida, con ese dolor del alma que trae la impotencia frente a lo irremediable, la anciana dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció así, deseando para sus adentros que la tierra se abriera bajo sus pies y desaparecer para siempre. ¡Con qué terrible misión había venido al mundo! Ella, que había sido juguete del peor de los destinos, que había visto consumírsele la juventud en la espera de un sueño imposible, que durante años había tenido que ahogar en lágrimas los gritos de sus entrañas, anhelosas de un amor que no llega... Ella tenía que contemplar aquel cuadro, sufrirlo y tener que callar. Hizo un esfuerzo por reponerse.

—Señorita Mirian, al vestido nada más le falta un pequeño ajuste que se hace en un momento. En cuanto escampe, la modista está aquí con él, usted verá.

Mientras hablaba miró de reojo a la lluvia. No había señales de que fuera a escampar todavía, sino que más bien parecía haber arreciado, a juzgar por la fuerza conque el agua golpeaba las paredes. Buscó los ojos de la muchacha en los precisos momentos en que ésta levantaba la cabeza. Su rostro estaba más descompuesto que nunca.

—Paulina, me molesta verte parada detrás de mí, vigilándome como si fueras una espía. Ponte a hacer algo y déjame en paz.

La reacción no podía ser más desconcertante. Los labios de la mujer se entreabrieron pero de su boca no llegó a salir palabra alguna. Se sentía a punto de perder la calma y esto la ponía en el dilema de no saber si contestarle como se merecía o seguir sobrellevándola para no empeorar más las cosas. Se hallaba en esa indecisión cuando por su mente comenzaron a desfilar voces lejanas, ruegos, promesas. La misma procesión fantasmal que tantas veces le había robado la voluntad, obligándola a ceder. Voces y ruegos de madre que se aferra a un espejismo de esperanza y su propia promesa de no malograr esa esperanza a toda costa. Consumida por la angustia, comenzó a caminar hacia la escalera. No había dado más que unos pasos cuando volvió a escuchar la voz de la muchacha a sus espaldas:

—Perdóname, Paulina. Estoy nerviosa y no sé lo que digo. Esta agua a esta hora. Ni siquiera sé si ya mandaron las invitaciones.

—Sí, señorita Mirian, ya se mandaron las invitaciones— hizo una pausa esperando que ella fuera a decir algo y después agregó: —Yo misma me ocupé de prepararlas y llevarlas al correo.

—Pero nada arreglamos con mandar las invitaciones si no para de llover. La gente no podrá venir y la fiesta va a parecer un velorio.

—Señorita Mirian, a usted lo que le importa es que venga su novio y ése seguro que va a venir. Usted no se va a casar con la gente ¿no?

En contra de lo que esperaba notó que el rostro de la joven se iluminó por un instante. Fue apenas un destello de alegría pero era algo. Sin proponérselo había tocado su punto

débil y ahí estaban los resultados. Ni siquiera se reprochaba el que no se le hubiera ocurrido antes. Se sentía más aliviada y eso era bastante.

—Ahora usted debía subir a ver lo que quiere la señora, señorita Mirian. A lo mejor es algo sobre la boda que a usted le conviene.

La joven pareció vacilar. Dirigió la vista hacia los altos pero sus ojos tenían todavía una expresión ausente. Poco a poco su semblante fue adquiriendo el mismo aire distraído que tenía cuando se hallaba tendida en el sofá, contemplando la tarde disolverse en agua.

—No. Deja a mamá ahora y ve a traerme el periódico. Quiero ver qué dice de mi boda.

La mujer no se hizo repetir la orden. En aquel lapso brevísimo de tiempo en que había repasado su papel en aquella casa, se había resuelto no volver a contradecirla más mientras estuviera en aquel estado. Trajo el periódico abierto por una de las páginas interiores.

—¿Qué tal quedé, Paulina?— le mostró su propia fotografía.

—Usted quedó muy bien. Su novio debe estar muy orgulloso.

La foto no necesitaba más comentario. En ella aparecía Mirian "en toda su radiante belleza", según el propio pie de grabado, en el que resaltaban además las mejores frases de elogio que puede concebir el halago bien pagado: joya de los más exclusivos salones habaneros, rama cronológica y revestida de oropeles, etc., etc. Las dos quedaron ensimismadas, una contemplando la fotografía, la otra releyendo el escrito, letra por letra. El último párrafo lo leyó en voz alta:

—"Sin duda un acontecimiento social por todo lo alto". Y agregó, desdeñosa: Un acontecimiento que se va a volver una sopa si esta maldita agua sigue cayendo.

En un acceso de rabia arrojó el periódico y fue a pararse frente a los cristales con las manos en jarras, como si pretendiera desafiar los elementos. La mujer la observaba llena de tristeza. Aquello no tenía remedio. Se le partía el alma verla en aquel estado sin poder hacer nada. Pero aparte de ella ¿quién podía hacerlo? ¿Quién podía luchar contra lo imposible, reparar lo irreparable? Ya hasta prefería que la señora no bajara. A ella la tragedia le llegaría más hondo, porque era una tragedia que se cebaba en su propia carne, en la sangre de su sangre, pero que en definitiva seguiría siendo eso: irremediable. Supuso que por un momento debía haber perdido conciencia de las cosas, porque de repente sintió un sobresalto como quien despierta de una pesadilla. Miró afuera sobre sus hombros y gritó jubilosa:

—¡Señorita Mirian, fíjese, ya empieza a escampar!

La joven se volvió lentamente, encendió otro cigarro y se lo llevó a la boca. Todavía aguardó que se disolviera la primera bocanada de humo, antes de responder.

—Sí; ya me estaba fijando en eso. Parece que después de todo el agua no va a malograr mi boda. Ahora voy a ver qué es lo que quiere mamá. Quédate tú aquí y en cuanto escampe del todo corre enseguida a avisarme.

La anciana la siguió con la vista mientras subía la escalera. Ahora sí podía empezar a respirar tranquila. Sabía que todo terminaba allí, que aquello no había sido más que una de sus crisis en una tarde de lluvia. Una tarde como aquella en que iba a celebrarse su boda pero que en el último momento degeneró en tragedia. Todo estaba preparado cuando llegó la noticia: el novio no vendría jamás. Revolucionario de la lucha clandestina, en aquellos precisos momentos él acababa de ser una víctima más que ofrendaba su vida generosa y noble por la libertad de la Patria. Allá quedaba él, en una calle cualquiera acribillado por balas asesinas, y quedaba ella aquí mirando la lluvia caer y olvidándose poco a poco de todo; absolutamente de todo. Y así había seguido viviendo sumida en ese olvido del que sólo la hacía salir, por unos instantes, una tarde de lluvia igual a aquella, igual a todas.

La anciana miró por última vez a través de los cristales. En realidad no podría precisar si aún seguía lloviendo o si era que sus ojos estaban demasiado empañados por las lágrimas.



EL DESOREJADO

por rodolfo díaz

Las penas de Mario comenzaron el mismo día de sus bodas con Aurora; en la iglesia él le pisó la cola y ella con cara de pocos amigos lo llamó cretino. Los que estaban cerca de la pareja, incluso el cura, lo escucharon todo, este último se limpio una flema de la garganta y continuó su trabajo. Todos temían que él dijera —"No acepto", pero Mario dijo sí...

Al salir de la casa —ya casados— y al tomar el automóvil, los amigos y familiares reunidos fuera, "le atacaron" con una lluvia de arroz. Desgraciadamente uno de los granos se alojó en el ojo derecho de Mario y lo tuvo incómodo durante toda la noche, con un ojo cerrado, observaba con el otro la cara de satisfacción de su mujer toda vestida de blanco en su diablesca pureza que mirando al infeliz del farol apagado le dijo con todia franqueza: —"Ya eres mio, al fin te eché el guante... ahora hasta que la muerte nos separe"...

El chofer del automóvil donde viajaban, que tenía las cejas muy negras y la oreja muy atenta, abrió tanto los ojos que poco faltó para que sus pupilas cayeran sobre el timón. Al llegar a su nueva casa, ella insistió en que él la entrara a ella, en sus brazos amorosos, como había entrado a su casa después de la boda su amiga Joan Fernández, del brazo de su atlético esposo el conocido deportista Federico Smith, pero Joan era transparente como el viento y ligera como una pluma llevada por éste, pero Aurora amanecía cada mañana con un desayuno fuerte a base de mantequilla y gofio de maíz, en los últimos tiempos había engordado más de la cuenta.

Haciendo un hernioso esfuerzo, el nuevo marido levantó a la mujer que el cura acababa de darle por esposa, y pasó mil trabajos para con aquella pesada carga en sus nada potentes brazos, sacar la llave del bolsillo y abrir la puerta. Ella aferrada con sus dos brazos y manos por poco ahorca al hombre que el cura le acababa de dar por marido. Al fin después de grandes esfuerzos, lograron entrar siendo observados desde la calle por el chofer de las cejas espesas que masculló unas palabras de conmiseración para aquel infeliz que descubria el mundo matrimonial.

Al entrar a la casa y ser colocada verticalmente en el suelo, la muchacha colocó el pie izquierdo exactamente sobre un torturante callo que Mario tenía la desgracia de poseer en un lateral del pie derecho y que se lo dejó inútil por una larga veintena de minutos.

Esa noche Mario encontró bellísima a la mujer que el cura le había entregado por esposa unas horas antes y que ataviada con una negligée negra lo esperaba fragante y aparentemente tímida.

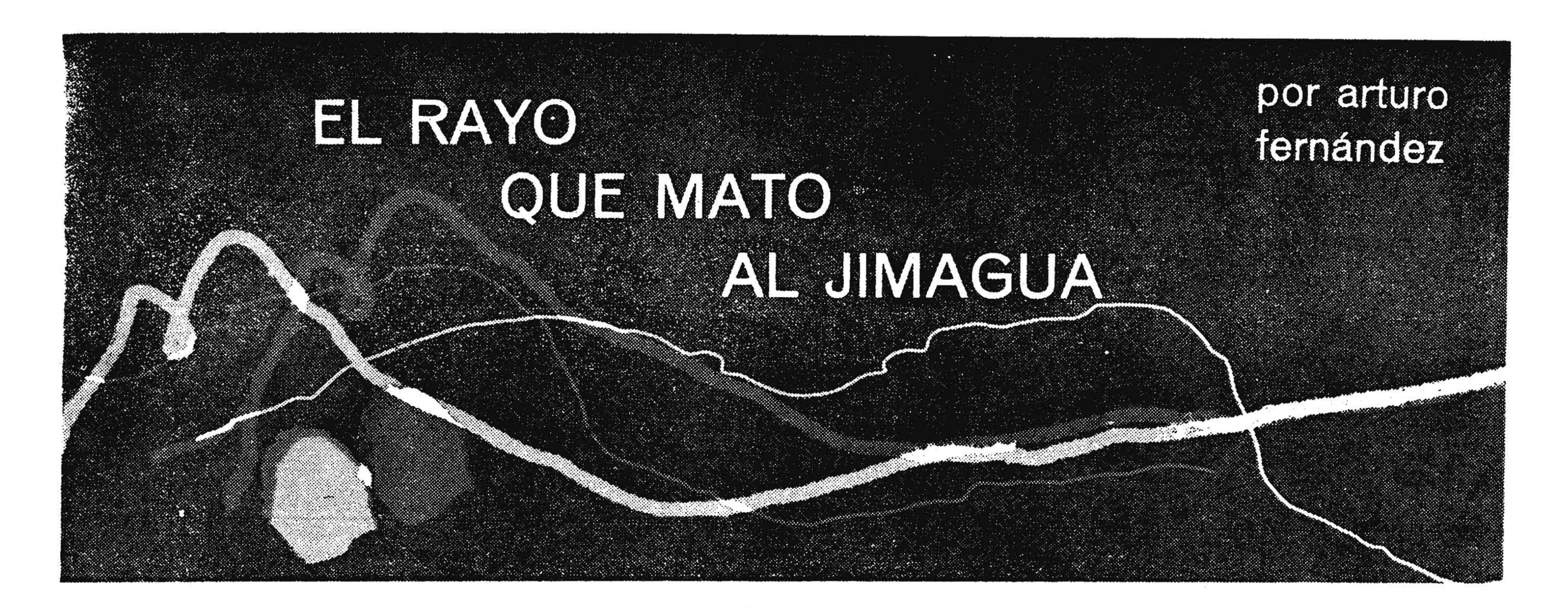
Nuestro héroe pensó que sus penas habían terminado y que una etapa de suprema felicidad comenzaría para él en breves instantes, pero se equivocó completamente. La opulenta joven que el sacerdote le había entregado por esposa le dijo en un inglés chapurreado pero que a ella le gustaba mucho utilizar —intercalaba palabras inglesas en tono reverberante.

—Not to night, dear... ten paciencia el almanaque es amplio y falta mucho para que termine el año...

Nuestro hombre, desesperado se encerró en el cuatro de baño y nerviosamente abrió el botiquín; con mano temblorosa buscó la navaja de afeitar que había sido afilada recientemente y decidió que si sus primeras relaciones conyugales comenzaban tan mal, no valía la pena esperar por las últimas o las intermedias y decidió (seguramente inspirado por su autor favorito Eugenio O'Neill) cortarse la yugular. Espantado y decidido levantó el brazo a todo lo alto para luego bajarlo y cortarse el cuello, pero desgraciadamente realizó mal la operación y se llevó de un tajo la oreja derecha (de O'Neill saltó insconscientemente a Van Goh) la oreja cayó dentro del inodoro; desesperado y sangrante salió del cuarto de baño y encontró a su esposa profundamente dormida sobre el aún no estrenado lecho nupcial.

Desde el día siguiente al suceso, Mario es conocido por sus amigos intelectuales como el nuevo Van-Goh, pero el vendedor de periódicos que cada domingo lleva el diario y el martes la revista y también el chofer que transportó a la pareja a su nueva casa en la noche de bodas y todo el resto de sus conocidos no intelectuales, lo conocen como el desorejado.

De la oreja nadie supo más nada, se supone que liberada del antiguo amo vague por los siete mares si es que algún pez-orejero no la ha engullido. Aurora dice que es muy feliz con su marido, que ella lo ama aunque esté mutilado, que lo quiere lo mismo con una oreja que con dos y colorín colorado ya este cuento está acabado.



EL RAYO QUE MATO AL JIMAGUA

por arturo fernández

No había que pensar en agravios de la carne ansiosa. Este deseo de llorar por llorar de ahora era igual a su mismo deseo de llorar de siempre. Y como Carla no sabía sino meditar a su manera, siempre la parte triste de las cosas se reflejaba en su alma y ella creía que a quien le pasara esto en cada una y todas las veces las impresiones tendrían que reflejarse emocionalmente en los ojos. Desde la cuna —cuna y canción, cuando se trata de un niño del campo es un decir—, Carla había sido llorona, y cuando la mandaron a la escuela le dio por llorar por cualquier cosa como ha pasado siempre desde que hubo muchachos que fueran a la escuela, aunque su madre bien que la disculpaba diciendo eso mismo, que eso era natural en todos los muchachos. Y Carla llegó a ser una mujer hecha y derecha y seguía siendo adicta al lloriqueo.

Como premio a su constante aplicación en todos y cada uno de los años hasta su sexto grado, la Srta. Lulú, la maestra de entonces y la amiga de sus quince posteriormente, la llevó a La Habana, la gran ciudad cual un sueño de la que tanto había oído hablar, aunque después cuando estuvo en ella las cosas no le parecieron iguales a como se las contaron, porque La Habana le pareció un mundo de gente extraña sin buenos días, ni buenas tardes, ni siquiera un mal rayo te parta; tanta gente y tan pocas caras sonrientes y amistosas. Sin saber explicarse por qué sus ojos eran ta curiosos de lo triste, allá vio cómo los aplausos que le tributaban a una mujer que bailaba en la punta de los pies en un lugar colmado de público le dieron deseos de llorar, cuando en un Paseo de la ciudad se encontró con la estatua del poeta de las Oscuras Golondrinas, casi llorosa —su gusto agradable— repitió uno a uno los tristes versos, y le pasó igual en otro lugar, un mercado público, en sus depósitos, vio las flores que parecían tener vida humana, apretadas e inquietas como si tratasen de protegerse de su destino, y algunas veces que oyó tocar música cubana, ancestralmente cubana, el zapateo, en su instinto criollo, por ejemplo, y los toques de las campanas de las iglesias cuando la hacían pensar en sus bondades, si hubiera sido posible que en la anchurosa quietud del amanecer del monte, se oyesen alguna vez estos mismos toques que la dejasen acercarse a Dios, y lloró finalmente cuando comprendió que sentía que el aroma de la civilización la ponía al borde de un mundo distinto por más hermoso y delicado y sensible. Por cada una de aquellas cosas, inexplicablemente para ella, se producía una crisis emocional en su espíritu que siempre se veía en sus ojos. Después con los años, y la vida que lo iba cambiando todo, aprendió a disimularlo un poco, tan bien disimulado, que a veces parecía exagerado cómo le gustaba cultivar el buen ánimo ajeno, y siendo así, naturalmente, nunca se quedaba seria cuando hablaba, como si fuera mejor reflexionar risueñamente. Por cierto que a su padre le chocaba aquello porque entendía que en algunas conversaciones tanto sonreír podía hacer pensar que ella era burlona, pero Carla no le daba importancia a eso, porque aunque siempre le había resultado difícil mantener a distancia sus preocupaciones, también era cierto que nunca tuvo empeño de no sentirse alegre si era posible estarlo.

Después de una tensa lucha que duró mucho tiempo su padre había consentido al fin que su novio la visitara. Podría hacerlo una vez a la semana porque todo el otro tiempo se necesitaba para el trabajo. Durante todo aquel batallar con sus relaciones a medias, trabajo le costó ciudar su amor, el que tuvo que defender a brazo partido, como a un hijo. Aunque ya casi tenía la mitad de la pelea ganada, los sentimientos favorables no compensaban el esfuerzo de aquella pelea con su destino, —aquel destino suyo sin interés de nadie—, porque ella era muy avariciosa para querer, y además, porque ella entendía que el tal consentimiento debió ser exclusivamente por ella, y no como había sido por obra y gracia de la obstinada y dispuesta voluntad de su madre, y por el interés además, de su padrino que había opinado que tratándose de matrimonio la mujer es mercancía a la venta, y otra cosa que también le había oído decir a aquel tío que la bautizó, que si el hombre que la pretendía era uno de los disponibles en todo aquello por allí, había que disimularle alguna matadura si la tenía y darle una oportunidad, como una obligación, porque con un hombre o con otro aquello tenía que ser así.

Pensar en el destino de aquella tierra que trabajaban muchas veces le martilló en el cerebro y poco trabajo le hubiera costado llorar. Campo solo en la tierra rajada. Tabla y guano, mirando siempre en la distancia, sin alegría ni pintura, amontonamiento de paisaje. Miseria y años. Tierra hecha para sudarla, a la que el destino no le quitaba los ojos de arriba. Latifundio. No le valió de nada el milagro de ser ella la única en todo aquello por allí que leía un periódico y escribía una carta, y también por esto muchas veces le habría salido mejor si hubiera podido llorar alguna vez, pero la rígida autoridad de su padre, que había hecho de su casa poco menos que un infierno, le negaba también ese desahogo para su corazón, o quien sabe, porque no sabía comprenderlo a ciencia cierta, si quizás muchas veces las cosas le tentaban a llorar por su vida que se gastaba sencilla y simplemente. Atrapados por el tiempo, sin sorpresas ni pasado, intransitable la existencia como un callejón sin salida, sin más que penuria y presente vicioso, como la manigua mala, había que aprovecharse bien de los postreros rayos del sol, como ventanas abiertas, antes de que la sombra y el pudor de la tristeza sellasen las puertas de aquella soledad. Tierra fértil para los buenos sentimientos su corazón lleno de emociones, como esas hierbas que enraízan hasta sobre las piedras. Como nadie iba a verlos, porque todos necesitaban el tiempo y la vida para lo suyo, todas las noches eran iguales, cerradas y vacías, a la media luz de un farol carcelario, cansados por la desesperanza. Quietos, sin mirar, en todas partes recostados a la sombra, donde por más sentida la calma, más ásperos los ruidos. Estar en todo lo que va y viene, y cuando nada vaya ni venga sentir también que el vacío de la calma se agita hecho profundidad en los oídos, y sentir que grazne una lechuza, y que reluzca el misterioso y sensible grito de los grillos que miran desde abajo de las sucias maderas del hogar, y tratar de dormirse después, y que sobre el vacío de la almohada, en la quietud y el misterio, los golpetazos de su corazón precipitados e incapaces, no le dejen nada en el espíritu, y estar sin ser, como completamente muertos hasta otro día, porque arriba de las nueve no se alumbra la sala a no ser por un enfermo o una visita, y nadie iba a verlos porque todos necesitaban el tiempo y la vida para lo suyo. Otras veces, como cuando le dolía el insomnio en los ojos, oía el decir del viejo reloj en una sola campanada, como si la media noche quisiera perpetuarse en el silencio huyéndole a las ánimas, y volvía a mirar, allá junto al confín, por el hueco de la ventana, como un respiro del cuarto, la misma estrellita sola.

Tenía que ser, y fue, que Goyo, como hombre llegase hasta no volverla loca, pero a ella el amor era lo que le entusiasmaba. Después de un año de relaciones vio que el trato y el acercamiento no son siempre el primer causal para que las personas lleguen a conocerse profundamente, pero aceptaba con entereza la responsabilidad de su decisión. Pasaba el tiempo y muy pequeño debía ser el nivel de sus esperanzas porque nunca se hablaba de un futuro mejor o distinto. Usaba la noche para pensar y llorar a veces, el día lo usaba para ver a veces también, cómo se dispersaban los pensamientos de su mente hasta verlos perderse como tragados por el viento. Para mirar cómo cada árbol del paisaje le distraía, y para echarse a soñar sobre las hojas secas como queriendo aplastar aquel misterioso estar de la naturaleza, otras veces, para huirle al reposo de las sombras, y sentirse herida por el sol. Y llegó a comprender que todo aquel cacareado cuento del matrimonio y el amor no pasaba de eso mismo, un cuento, porque después de tanto batallar por Goyo, a fin de cuentas lo que le estaba sobrando en el espíritu era un buen deseo de recuperarse, y una buena recuperación sería irse sacando poco a poco, y por si acaso, a Goyo del alma y los sentidos. Cambió la vista siempre tan pendiente hacia el porvenir, y dejó el espíritu a la deriva, como una cosa abandonada, y dejaron los recuerdos de martillar en su serenidad pero no necesitó mucho tiempo para resignarse como se lo había propuesto y como debían ser las cosas, porque una tarde:

—De lejos creía que eras Goyo— le dijo a su hermano cuando éste a su lado paró el caballo.

—¿Goyo? Goyo anda en líos con la Justicia, me enteré ahora en la bodega. Anoche se llevó del baile que dieron en El Zumbido a la hija de Pelón, El Regordino. Tenía que ser, y también lo decían en la bodega, que tanto se la metieron por los ojos hasta que cargó con ella. Ahora ya le habrán tirado los Rurales para arriba para que se tenga que casar.

Sin pensarlo, casi inconscientemente co-

mo quien no ha visto el peligro dijo sencillamente, —¿y qué importa?—, pero después al momento mismo vino lo otro, la atención a las ideas, la conciencia de las cosas, eso de no saber qué hacer con las temblorosas manos, y cuando vio la pena en los ojos de su hermano, como quien se esfuerza para no perder el conocimiento, precipitadamente volvió a decir:

—No puede ser, no puede ser...

Se mordió la punta de la blusa, y se quedó un instante mirando para el suelo como quien ha perdido todas las esperanzas. Una cosa extraña y dolorosa se le atravesó en el pecho, y se quedó como si se le hubiera cortado el habla. Le pareció que se le caían las alas del corazón, se le aguaron los ojos, y mientras caminaba hacia su casa se agachó un poco para coger un pedazo de manigua —manigua que creció el desgano—, y lo mordió nerviosamente, y sintió que le decían —piensa, confórmate, aguanta, no puedes llorar, no puedes llorar—. Desde la rama de un árbol pegado al camino, y a la sombra de sus hojas un pajarito, como enterado de su tristeza, la miró enternecido y cantó.

El trillo se le hizo un hilo hasta que llegó a su cuarto. Con los dedos, nerviosamente, volvió hacia atrás dos lágrimas irremediables, posibles y únicas.

—Lo dije y lo volví a decir, y ahora estoy aquí para que se cumpla lo que dije,— gritó la voz horrible de su padre. — A ésa, que no la oiga ni chistar.

Frente a la puerta de su cuarto vio a su madre que mientras la miraba fijamente, se llevaba los dedos a los labios, como en una súplica. En lo que la madre le sirve de pañalla, ella adivina un pedazo de trapo y se suena.

—Que no me inventen mocos, que aquí nadie tiene catarro —volvió a gritar el hombre aquel, y dijo cuatro malas palabras.

De una inmensa nube negra, larga como medio mundo que espiaba la tierra seca y árida, se había poblado aquella mitad del cielo. En frente, en la otra parte, el reto era azul y brillaba el sol, que quemaba las copas casi dormidas de los árboles. Tanto había llovido por las cabeceras, que el río se había hinchado, y la espumosa corriente, indomable y negra, llegaba al borde de la barranca.

Y brilló el rayo, y se sintió sobre la tierra el estampido inesperado y seco del trueno. Después de un corto silencio, como el necesario para una persona persignarse, empezaron a oírse gritos aterradores, como alaridos, y muchas voces que decían:

—Un rayo mató al jimagua, un rayo mató al jimagua...

Oyó que corrían, y ella salió al patio y corrió también. Al salir al limpio no vio a Corneta, se enredaron, y cayó al suelo. Levantó la cabeza lo primero, como se hace siempre, y vio que debajo del corpulento mamey pegado a la barranca, la gente se movía como locos; se levantó y volvió a correr hacia la casa vecina, y se escurrió por la primera de todas las puertas que estaban abiertas. Las camas blancas y tranquilas de hacía rato parecían limpias de agonía sin sorpresa por la muerte. Se tiró sobre la primera y lloró desesperada y locamente, allí pegada al espanto de aquella gente que le lloraban a la muerte. Había pasado un rato, ella no sabía cuánto, cuando empezó a sentir que su crisis cedía, que sollozaba y dejaba de hacerlo, que se iba cambiando en otra, que se alejaba el dolor —casi todo suyo, naturalmente—, que se resignaba, y se distrajo, pero volvió a sentirse desesperada como antes y el mismo desaliento le inflamó el cerebro y volvió a gritar, bastante, como hasta el fin de algo, y volvió a pasar mucho rato, ella no sabía cuánto. Y entonces de verdad se sintió aliviada.

No quiso saber si la miraban y salió andando. En la mitad del trillo que iba a su casa todavía estaba Corneta, el viejo perro que se había quedado ciego de un cabezazo que le dio un carnero.

Después se oyó en la tarde brillosa de agua limpia el eco opaco y distante del trotar de un caballo, por instinto o reflejo volvió los ojos acostumbrados al acecho, y suspiró nerviosamente, como si un pedazo de su llanto se le hubiera quedado rezagado en el espíritu.



VIAJE A CAMAGUEY

por mercedes cortazar

Había salido a las diez de la noche y el solo recordarlo me llenaba de ira. ¡Ah La Habana, ciudad estúpida! Llena de gentes apuradas y de humo negro. Me despidieron en el andén algunas gentes que tal vez no me despidieran a mí, sino a la imagen que se habían hecho de mí. Ello me tenía sin cuidado. Ya estaba dentro del ómnibus y un libro reposaba en mis piernas. Realmente me parecía que el detalle del libro era una desagradable ostentación. A mi alrededor sólo se veían gentes humildes que miraban con desconfianza. Debía haberles parecido ridícula mi entrada en el ómnibus, llena de un terrible atolondramiento. ¡Cómo debían de haberse reído de mi libro! En fin, ya me había embarcado con ellos y no hay remedio para esas cosas. Lo más difícil era el alejar de mí la presencia de La Habana, pues me perseguía de una manera diabólica. "Saldré de aquí —me decía— ¡Quiero dejar a Sodoma! —gritaba en pleno paroxismo y aquí me hallaba; embarcada en un ómnibus rumbo a Camagüey. Me extrañaba no haber sentido la patética impresión de Noé. Pero lo que sentía era la inevitable nostalgia, contra la cual me rebelaba con toda la fuerza de mis razonamientos. El paisaje me ayudaba algo. Pasábamos por pueblos oscuros, con bodegas iluminadas y hombres extrañamente alegres. Gritos de: ¡Eeeh! ¡Oyeme viejo! ¡Chico! ¡Mi hermanito! Después entrábamos en el campo y todo se volvía de un color verde obscuro. Hasta que salió la Luna y ello me dio una brutal alegría. Su luz me iluminaba la nuca y parte de la mejilla; su frialdad me estremecía. Se me ocurrió de que debía cerrar la ventanilla y se lo participé a la mujer que estaba sentada a mi lado. Esta dijo; "No", y movió a su hija de la posición en que la tenía. La acostó sobre su pecho y le empezó a cantar una canción de cuna. ¿Cómo que no? —me dije a mí misma ¡De contra que no paga el pasaje de la hija y me roba la mitad del asiento! Pensé en darle las quejas al conductor, pero desistí de ello al ver que éste sostenía una violenta discusión con un pasajero, por las mismas razones. Decidí como medida de precaución contra mi cólera el tratar de dormir.

¿Duerme?

¿Duerme? —me preguntó el hombre que ocupaba el asiento de la izquierda. "No es bueno dormir cuando se está irritada". "Debió usted haber desalojado esa inquietud o haberla vencido". Advertí que la luna le daba en la cara. Tenía un ojo más pequeño que el otro y algo incompleto, o simplemente inarmónico, en su cara. "¡La Habana! —suspiré irremediablemente. Todos los pasajeros dormían, y el ómnibus estaba a oscuras. Sólo se observaba un punto rojo incandescente; el cigarrillo del hombre de las botas, situado en un asiento delantero y a la izquierda. "¿Ve usted ése del cigarro? Padece de un terrible asma. Ya oirá cómo tose durante la noche" ¿Qué querrá este tipo?" —me decía. Cerré los ojos, tenía que descansar. Llegaría a las siete de la mañana a Camagüey e inmediatamente sería necesario visitar a los amigos. Relajaba los músculos y trataba de olvidar la presencia de la mujer de al lado; me eché a la izquierda cuanto pude. Ella no se daba por vencida. Era lo suyo casi una invasión; terreno que yo cedía, terreno que ella tomaba. La niña llegó a apoyar su cabeza en mis piernas. Se empezó a sentir calor y la mujer aplicando su lógica, cerró la ventanilla. "Al fin". Pero de nada me sirvió, entonces empecé a asfixiarme. Le pedí que la abriera. "No se puede" y volvió a mover a su niña.

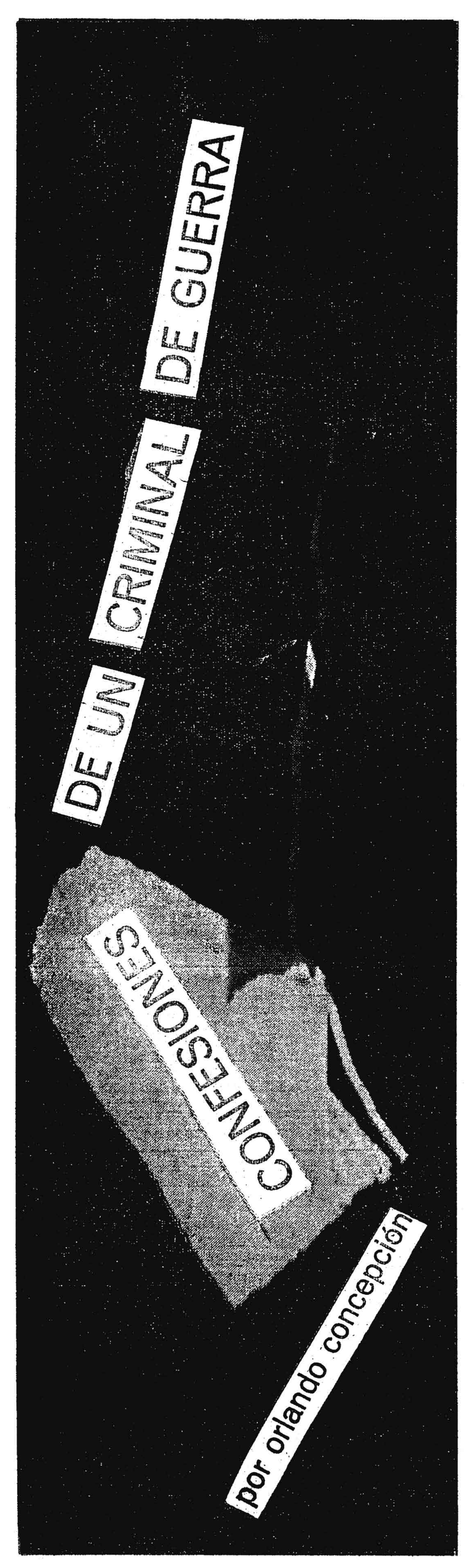
Paramos en Santa Clara y ella se bajó. "Ojalá que se le vaya el ómnibus". Estuvo varios minutos afuera y casi cuando nos íbamos, ella hizo su triunfal entrada, llevando en las manos un Pan de Caracas. La vi completamente. Era una negra diminuta. El pelo despeinado y la blusa arrugada. Me levanté para que entrase. Me senté de nuevo, malhumorada e incómoda. "Oiga" dijo. ¿"Qué quiere?" Contesté de manera cortante y agresiva. Ya veía venir la discusión; no estaba dispuesta a soportar más desaires. ¿Qué se creía? ¡ah rabiaba! ¿Por qué había dejado a La Habana, ciudad monstruosa, pero de gentes civilizadas? Donde existía el derecho y se pedían las cosas de favor. ¡Rayos! La iba a poner nueva, le gritaría hasta al negro conductor que se mostraba tan descortés como un troglodita. Todos me odiaban porque llevaba un libro en la mano y vestía de una manera correcta. Se vengaban de la injusticia social, en mí, que jamás había movido un dedo para que ella existiera.

"Mire, se le cayó su almohadita". Me la extendió y sonrió por primera vez. Me sentí exhauta, había acumulado demasiada ira. Dirigí mis ojos hacia la jaba que reposaba en sus piernas. Había pañales sucios, con los que cambiaba a la niña. Unas latas de comida, un pomo de leche. Ropas viejas, en fin, su equipaje lo formaban desperdicios.

"Ve" —dijo el hombre. "Ya empieza a toser". "Va a una finca a trabajar y se quedará una semana. Le pagan poco". Pasábamos por un pueblo y el bullicio de la estación de parada despertó a algunos. Se encendieron las luces. Los ojos de los pasajeros se contraían y se oyeron varios bostezos. Miré a la mujer y pude advertir que su pasaje era para Sancti Spíritus.

"Ve" —le dije al hombre. "Va a Sancti Spíritus y lleva una jaba de equipaje. Un poco de leche y unas latas con comida. Seguramente ha trabajado y no ha podido vencer. ¿Quién tiene la culpa?" El hombre rió por largo tiempo.

Me dormí, me dormí profundamente. No pude sentir cuando se bajó ella, ni dónde se quedó el hombre, aunque no creo que ello importase demasiado. A las siete llegué a Camagüey y todos creyeron natural que a causa del cansancio del viaje estuviera tan triste.



Yo fui un criminal de guerra. Estoy esperando el momento en que se cumpla la sentencia que dictó contra mí el tribunal militar: ¡Pena de Muerte por fusilamiento!

Me llamo... ¿Qué importa mi nombre? Cualquiera da igual. Eso no va a cambiar mi situación ni va a resucitar a aquellos cuyas muertes me achacan.

Mi cárcel es un amplio salón donde puedo moverme "libremente". No me tienen esposado. Los custodios son dos muchachos, barbudos ellos, que cuidan las puertas. Lo que ocurre dentro del edificio parece no importarles.

Más de una vez, desde que me capturaron, he pensado: "¡Qué solos se quedan los vencidos!" Todos parecen haberse olvidado de mí. Los que antes me invitaban a tomar y a comer; los que iban al cuartel a saludarme regularmente; los que me hacían regalitos el día de mi cumpleaños. Nadie ha venido a visitarme desde que estoy preso.

Tengo un hermano que sin duda le da vergüenza que sepan que su hermano es un criminal y que va a ser fusilado.

Sólo han venido a verme algunos periodistas... y ésos para hacerme toda clase de preguntas impertinentes.

No tengo quejas. En el juicio pude defenderme. Tuve un abogado. Nadie me ha ofendido. El trato conmigo no ha podido ser más correcto. No son estos revolucionarios como nos los habían pintado a nosotros.

Un día entró al salón donde me encontraba con otros detenidos un jovencito sin barbas y con una melena corta, y se dirigió a mí: "Te estuve vigilando una vez. Si te llego a coger, te la arrancó". Otro muchacho que estaba a su lado lo atajó: "Recuerda que este hombre es NUESTRO prisionero".

¿Cómo? ¿Que relate toda la historia? Bueno... es algo vulgar. Nada de importancia. Quizás se ha repetido mil veces.

La vida se desarrollaba sin nada anormal. Me gustaba imponer mi autoridad, y es posible que alguna vez le haya dado una bofetada a alguien. Eran gentes desarmadas; yo andaba armado; pero no les pegaba por eso. Creo que habría hecho lo mismo de andar sin armas. No me interesaba la violencia. Cuando me hacía falta plata les mandaba un papelito amistoso a algunos amigos de cierta posición, y así resolvía los problemas. ¡No, no eran exigencias de dinero! Yo no los presionaba para que me "prestaran" el dinero. Tenía las mujeres que quería, para ir de fiestas. Me compré una máquina y cuando se me vencía una letra acudía a mis amigos y reunía el dinero. En fin, que vivía sin problemas.

Cuando nos llevaban preso a alguno que se ponía pesado le dábamos unos pescozones para que se tranquilizara, pero nada más. Yo tenía un vergajo colgado en mi oficina del cuartel. Casi nunca lo usé. Más que nada lo tenía para impresionar.

Una vez le di un cheque a un comerciante, y como no tenía fondos, me acusaron y fui trasladado. Estuve en otra zona algún tiempo. La cosa se puso caliente. Al que me sustituyó le pusieron una bandera fidelista en la misma calle del cuartel, y lo sacaron. Yo tenía fama de blando. El Comandante me llamó y me dijo: "Te voy a dar otra oportunidad. Ponte duro. No te dejes poner rabo". Y vine para acá de nuevo.

Tenía que impresionar a la gente. La misma noche de mi llegada salí a dar una vuelta por el pueblo. En el parque había varios grupitos. Paré la máquina, y se me ocurrió decirles: "Váyanse a dormir, y anden con cuidado, porque voy a arrancar muchos c..." Quería que supieran que tenían que respetarme y aquella frase me lució oportuna.

Poco después empezaron los problemas. Una mujer se me presentó un día y me dijo que un tipo que trabajaba en la tienda que había frente al cuartel era fidelista y que se dedicaba a vigilar los movimientos de nosotros para luego informar a los rebeldes. Llamé a un ayudante mío, uno que me daba confidencias para mayor dato, y le dije: "Dale una lección al tipo ése", y se lo señalé. El muy bruto lo esperó una madrugada, casi a las 5, lo montó en un jeep, y en un callejón cerca del río, le dio dos tiros y lo dejó allí tirado.

Otra vez, mientras estaba de recorrido una noche, vi a dos hombres y les di el alto. Echaron a correr. Uno de ellos me hizo un disparo. Cogimos al otro. Parece que lo apretaron y habló. Dijo quién era su acompañante. Era la primera vez que alguien me tiraba un balazo y éso no me gustó nada. Lo confieso. Dos o tres días después un confidente me avisó que el sujeto que me había tirado iría esa noche a su casa. Mandé a ponerle una emboscada. Se formó un tiroteo tremendo. Cuando terminó, de la casa donde vivía el que me había tirado sacaron un cadáver. Era la madre del individuo que había disparado contra mí. Una lamentable confusión. Yo no hice ningún disparo. No la maté. Sin embargo por ese caso me condenaron a muerte.

Con el caso de los dos cadáveres que me metió el Teniente en el maletero de la máquina, yo no tuve nada que ver. Me dijo que los tirara "por ahí". Cuando pasamos frente a un bar, como la noche estaba fría, nos bajamos a tomarnos un trago. No me tomé el trago de cogñac brindando por los dos muertos que llevaba en el maletero. Eso es una calumnia. Cumplí lo que me ordenó el Teniente y tiré los muertos lejos, en otro municipio, a una gran distancia uno del otro. No sé quiénes eran.

Poco antes de que se acabara todo abandoné el cuartel. Semanas después me detuvieron y una mujer me reconoció. Cuando llegué aquí, preso, había un gentío esperándome. Yo sabía que no era para demostrarme sus simpatías. Cualquier extraño podía notarlo por los gritos: "Fusílenlo aquí mismo", "¡Asesino!", "¡Entréguennoslo para arrastrarlo!"...

El juicio duró desde las ocho de la noche hasta las 6 y media de la mañana. Casi al final del mismo una muchacha joven, huérfana, me fue arriba y me hizo muchos rasguños en la cara. Recuerdo cuando el Presidente del Tribunal leyó la sentencia. No me sorprendió. Casi puedo decir que la estaba esperando.

Fue de madrugada. Un capitán se acercó a mi celda. "Vamos", me dijo. Salí. Me temblaban las mandíbulas. "Hace frío", le dije al capitán. No contestó nada. Caminaba rápidamente. "¿Quiere escribir algo?" "¿Tiene algún encargo que hacer?". Contesté que no a las dos preguntas. Ya lo había dejado preparado todo.

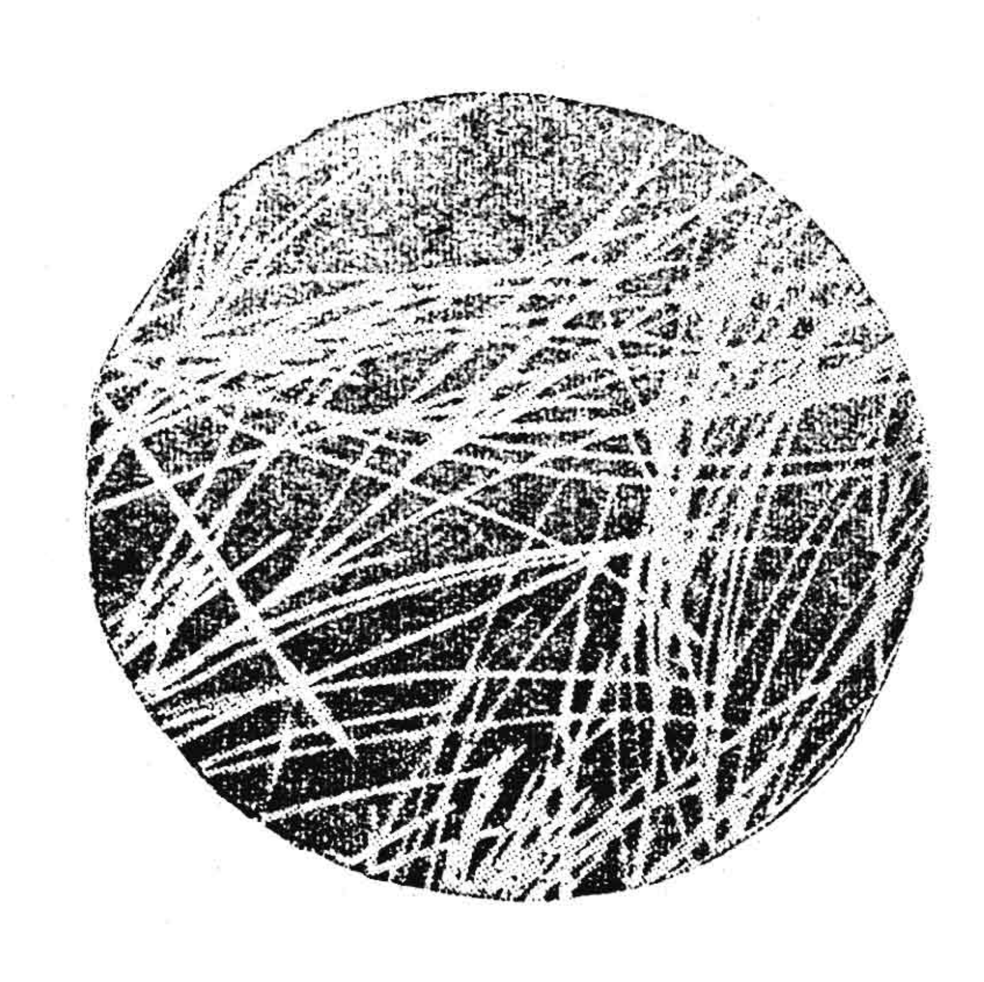
Me colocaron delante de un hoyo y de espaldas a éste. Pedí que no me vendaran los ojos y que me pusieran de frente al pelotón. Me complacieron. Vi a ocho hombres con rifles.

Estábamos en el cementerio del pueblo, y yo sudaba.

¡Preparen!...

¡Apunten!...

Eran como las tres de la madrugada...



Esta es la historia de un muerto. ¡Pero qué muerto! Y digo muerto y no cadáver, porque después del suceso que les voy a contar, he aprendido a diferenciarlos y a evitar cualquier tipo de relaciones con los muertos. Es por eso que ya no asisto a velorios, entierros, crímenes, o cualquier otra actividad en que se encuentren involucrados estos individuos.

Existe, aunque Uds. no lo crean, una gran diferencia entre muertos y cadáveres. Los cadáveres, son cosas sin más cualidades que la de la existencia de su materia; y eso mientras los gusanos lo permitan; pero los muertos, ¡ah!, los muertos pertenecen a otra categoría.

Los muertos fueron vivos que no tenían muchas ganas de morirse, y que decidieron quedarse un tiempito más dentro del cuerpo, para divertirse a costa nuestra. Se les puede distinguir, por la cara santurrona que adoptan, y por la actitud espectante en que se mantienen para enterarse de lo que sucede a su alrededor; aunque a veces es difícil distinguirlos, porque tratan por todos los medios de hacerse los cadáveres.

Pues bien, esta es la historia de Agapito, el muerto que me hizo ver claro.

. . . .

Cuando Agapito murió, junto con el llanto y las quejas, y demás protestas de cariño, que raramente le hicieran en su vida, comenzaron los preparativos de rigor. Alguien fue a regatear a la funeraria más cercana, otro fue al cementerio a "conseguir el terrenito", otro se encargó de avisarle a los conocidos, y los restantes se dedicaron a regatear: esquelas, coronas, misas y enterradores. Finalizada la batahola, se pasó revista a las actividades realizadas, y todos estuvieron de acuerdo en que Agapito debería sentirse feliz por la despedida que le habían organizado.

Llegó la noche de la "premiere" y Agapito fue exhibido con su traje más elegante, en la funeraria; donde se congregaron sus amigos, conocidos, y aun gente que él ni conocía, a discutir de política, negocios y cualquier otra cosa que se prestara a discusión. Hay que reconocer que Agapito soportó todo esto como un estoico, limitándose a observar. Pero la "cosa" sucedió a la mañana siguiente, en el entierro.

Era una mañana triste y sin sol; las grises nubes anunciaban el peligro inminente de una lluvia.

El duelo lo iba a despedir un individuo bajito, gordo y calvo; cuya seriedad y tristeza indicaban que no era ni siquiera amigo íntimo del muerto.

La inseguridad del tiempo selló el pacto mudo entre los asistentes y el calvo orador, de que la despedida sería breve y que se largarían lo más pronto posible. Fue así que todo se desenvolvió maravillosamente. Los asistentes se organizaron con una rapidez fantástica, el cura y los sepultureros aparecieron como por arte de magia; y Agapito sostenido sobre los hombros de cuatro de sus más ágiles amigos, fue conducido a toda prisa hasta "el terrenito". Ya allí, la gente se congregó en torno a la tumba, las coronas fueron sacadas del carro rápidamente, el ataúd fue puesto sobre la losa, y el gordito calvo, decidido a no mojarse, se encaramó con una agilidad pasmosa sobre la tumba y comenzó inmediatamente a hablar. En medio del dicurso, el gordito hizo una pausa, permaneció en actitud de escuchar y continuó con más brios. Segunda pausa, gotas de sudor sobre la frente del gordito, y recomienzo del discurso a mayor velocidad. Tercera pausa, mirada furtiva al ataúd y la calva del gordo comienza a enrojecer. La gente comenzó a fijarse en el orador, pero no comprendía porqué el gordo sudaba cada vez más, ni por qué su calva iba tomando distintas tonalidades del rojo, luego del morado y por último se detenía en un gris claro bastante opaco: hasta que comenzaron a percibir unos crujidos, que cada vez se hacían más fuertes y persistentes, y que inmediatamente fueron identificados como provenientes del ataúd. Comenzaron los murmullos, mientras que el gordo, en un estado de gran excitación, trataba de opacar los crujidos con su voz, hasta que... CRAC... La tapa del ataúd saltó de su sitio, y fue a caer pesadamente junto al gordo; todos quedamos paralizados, mientras que el gordo caía desmayado, más pesadamente aún, junto a la tapa. Momento de gran expectación. Los más osados se acercaron cuidadosamente al ataúd, mientras que otros se entretenían en darle galletazos al gordo para que volviera en sí.

Terminada la inspección del ataúd, se llegó a la conclusión de que todo se debía a que Agapito se estaba hinchando por causas desconocidas.

Inmediatamente se procedió a poner la tapa en su lugar para volver a cerrar el ataúd. Esfuerzo vano. Entonces se comenzó a hacer presión, pero Agapito no cedía; varios de los asistentes, junto con los enterradores, se sumaron al forcejeo, más Agapito estaba decidido a no dejarse encerrar; mientras más fuerza se ejercía sobre la tapa, más se hinchaba Agapito, y una sonrisa comenzaba a aparecer en su rostro. Al fin, se decidió apelar a la violencia, se eligieron cinco asistentes de los más gordos, entre ellos el orador, y se les pidió que se subieran sobre la tapa... Ese fue el mayor error que pudieran cometer. No habían acabado de subirse, cuando las paredes de los lados cedieron, desarmándose el ataúd, por lo cual, cinco gordos cayeron automáticamente al suelo.

Mientras tanto, el peligro inminente de las nubes grises, se estaba convirtiendo en un hecho inevitable. Gruesas gotas comenzaron a caer.

En ese instante, todos los asistentes se habían sumado ya a la lucha (con excepción del cura, que se había alejado discretamente y se mantenía a la espectativa), y trataban de amarrar las paredes del ataúd alrededor de Agapito con unas sogas. Esfuerzo inútil; Agapito seguía hinchándose, y en su cara ya se comenzaba a apreciar una sonrisa triunfal.

La lluvia había arreciado, y nosotros, completamente mojados, comenzábamos a rezongar.

Al fin ya amarrado, intentamos meterlo en la fosa, pero estaba tan hinchado, que casi no cabía... Nuevos esfuerzos de nosotros, y obstinada negativa por parte de Agapito; ya no se contentaba con que nos empapáramos, sino que ahora estaba decidido a hacernos rabiar de impotencia... y lo consiguió. Primero saltó uno diciendo que estos muertos de hoy ya no respetan las tradiciones. Luego comenzamos a recriminarlo, después tratamos de convencerlo, le rogamos, le suplicamos, y por último..., le insultamos.

Todo fue en vano, ya no sólo se negaba Agapito a entrar completamente en la fosa, sino que pugnaba abiertamente por salir.

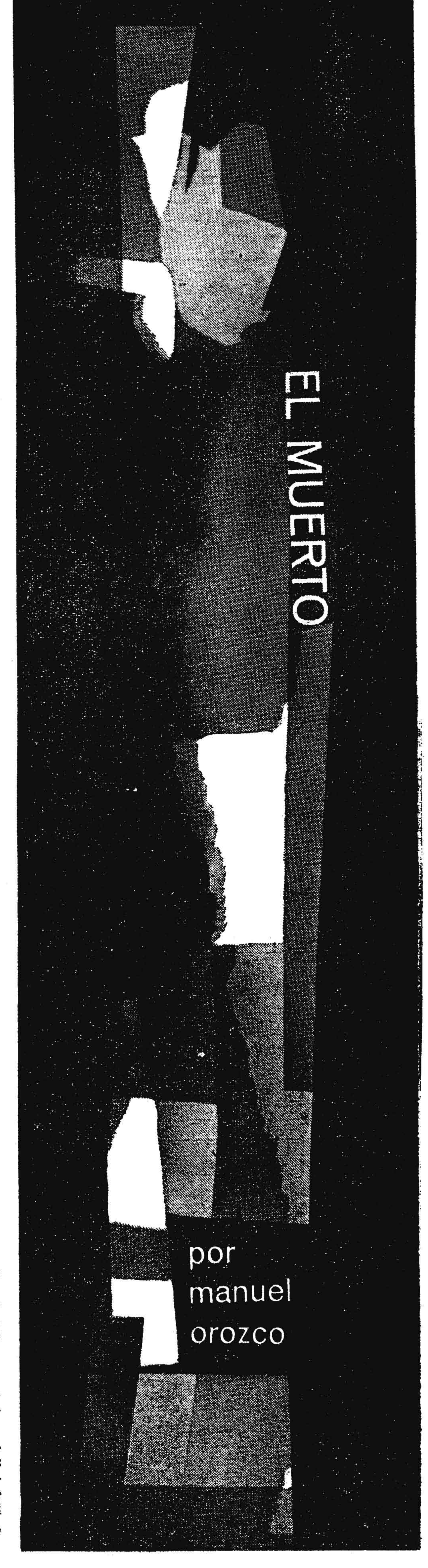
A estas alturas, decidimos jugarnos la última carta; hombres, mujeres y niños, nos preparamos para dar la batalla final, mientras que el cura trataba de hacerlo entrar en razones, hablándole de las bondades del paraíso. Nuestras fuerzas unidas, ya casi estaban venciendo, cuando Agapito, sacando fuerzas de flaqueza, hizo un esfuerzo final, e hinchándose hasta el máximo, nos tiró a todos al suelo, rompió las sogas que lo ataban, y saltando como un corcho de sidra, fue a caer en la copa de un árbol.

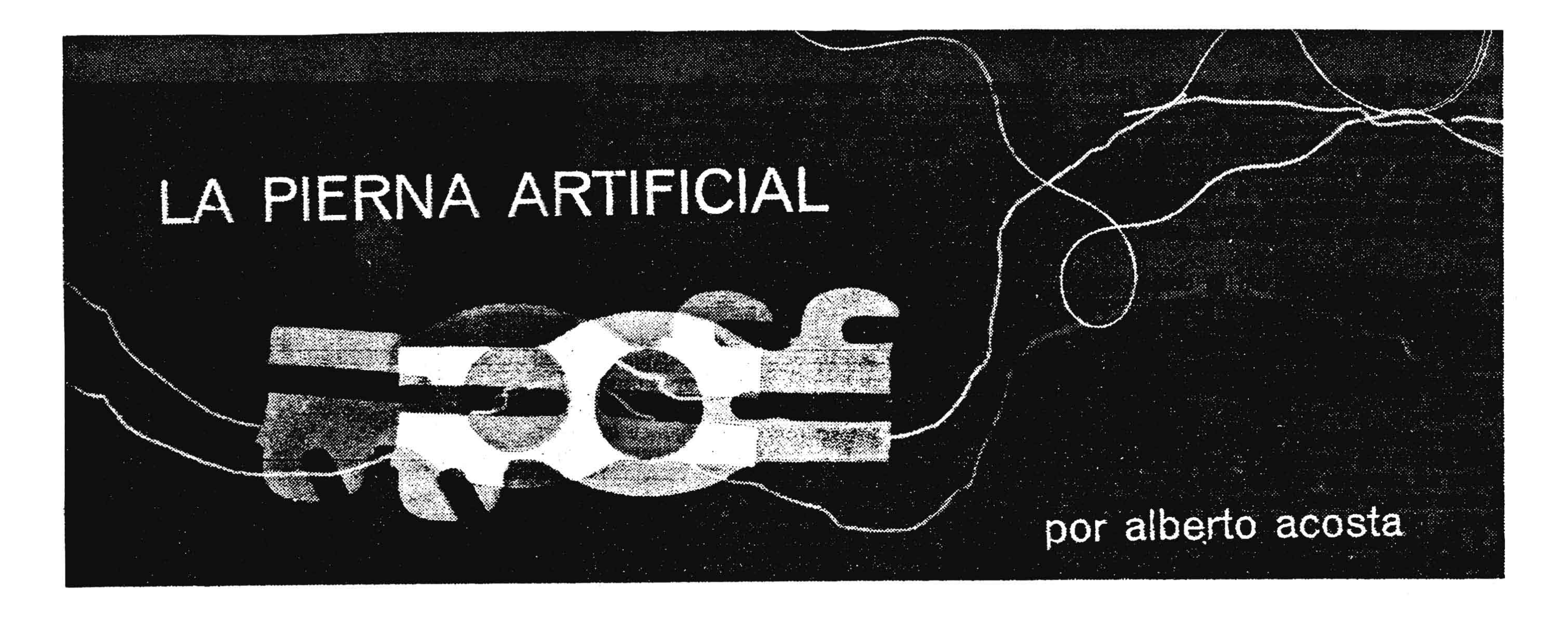
Ese fue el último contacto que tuvimos con Agapito. Todos, como un solo hombre, iniciamos una estampida bajo la lluvia, mientras que allá, sobre la copa del árbol, con una mano levantada, Agapito parecía decirnos adiós.

. . . .

No supe ni quise saber qué sucedió después con Agapito, supongo que habrán logrado enterrarlo.

De los demás asistentes al entierro, tuve algunas noticias. Hubo entre ellos quienes padecieron pulmonías, crisis nerviosas, epilepsia, y esquizofrenia. Pero nada de eso me importa. Yo sólo vivo para la venganza, y mi única esperanza es que cuando yo muera, pueda desquitarme.





El hombre iba montado en las ancas de su caballo y en la montura su hijo, de unos diez años, a quien le faltaba la pierna derecha por encima de la rodilla. Hacia un momento que habían llegado de La Habana, donde al muchacho fue necesario amputarle la pierna. Ahora al padre le preocupaba el porvenir de su hijo. Eran muy pobres. "Si al menos —pensó— hubieran podido darle estudios, se buscaría la vida en la oficina del ingenio o en otro lao, pero así tendrá, cuando yo muera, que pedir limosna".

Y a los ojos del padre asomaron dos lágrimas, que después rodaron por la cara curtida. Cara de guajiro expuesta a las inclemencias del tiempo, que cuando no la quemaba el sol hasta hacerla arder, la castigaba la lluvia que le causaba fuerte dolor. Y sintió alivio cuando las lágrimas, unas tras otras, le humedecieron el rostro. Pero de pronto se dió cuenta que su hijo estaba con él y no quería que lo viera llorar para que no se alarmara, y contrajo sus ojos con fuerza y así evitar que salieran más las lágrimas.

Y recordó con tristeza cuando se decidió a pedir limosna y reunir el dinero para comprar la pierna artificial que necesitaba su hijo. Pensó que con tanta gente como vivían en La Habana, entre todos fácilmente, reuniría el dinero. Cargó a duras penas a su hijo y tomó por una calle cualquiera. Vio una casa de portal lujoso y tocó a la puerta. Le salió una señora y le habló:

—Pol favol, señora. Estoy pidiendo pa comprarle una pierna artificial a mi hijo. Ayúdenos con lo que pueda.

—Perdone, hermano...

Y vio la puerta cerrarse delante de él. Se sintió descorazonado, pero tocó en la de al lado.

—Señora, si pudiera ayudalme...

—Lo siento, hoy no puedo.

—Pero si sólo necesito una pequeña cosa. Lo que Ud. pueda y que no signifique sacrificio pa Ud.

Ud. está joven y bien pudiera trabajar. No sé por qué la policía permite que personas fuertes pidan limosna.

Y vio nuevamente cerrarse la puerta delante de él, pero esta vez fue de un tirón. Descorazonado salió a la calle y quedó pensativo. ¿Nadie los socorrería?... ¿Sería posible que entre tantas gentes ninguna comprendería su dolor?... Caminó varias cuadras y fue a tocar otra puerta, pero cuando levantó la mano para hacerlo, la volvió a bajar y movió su cabeza negativamente y se dirigió de nuevo a la calle.

—Parece que nadie nos quiere ayudal, papá.

—Así es, hijo.

Y siguieron callados. Se detuvieron en una esquina; se sentía cansado y paró a su hijo a su lado. Este, para guardar el equilibrio, se sostenía del pantalón de su padre. Habían varias personas que se les quedaron mirando. El padre entonces se dirigió a ellos, hablándoles:

—Pol favol, quisiera que me ayudaran con lo que puedan pa compral una pierna artificial a mi hijo.

Y señalaba para la pierna que le faltaba al muchacho. Hubo un momento de silencio, y ante el temor de que no lo hubieran oído, fue a hablar de nuevo, pero otra voz se adelantó:

—Ese cuento ya es viejo. Ahora tienen la moda de alquilar a los desgraciados desvalidos para vivir bien de la limosna.

Cuando oyó esas palabras, se indignó. El sólo pedía para socorrer a su hijo. ¿Acaso en La Habana los hombres y las mujeres no tenían hijos?... ¿No sabían lo que era ver a su hijo así, y no tener con qué aliviarlo?... Y poco a poco fue levantando la voz. Un policía, con su club golpeaba en la acera y se le acercó amenazante.

—¡Váyase! No estorbe a estos señores.

—Pero si sólo quiero que me ayuden a compral...

—Le he dicho que se largue, o me lo llevo preso.

Al ver la cara del vigilante, se dio cuenta que de nada le valdrían las razones que expusiera, y cansado y con trabajo, volvió a cargar a su hijo y salió caminando. Cuando se alejaba, oyó la voz de una mujer que decía:

—Eso es pedir limosna con escopeta.

Y esas palabras, de sus oídos fueron directas al corazón, lacerándole aún más su alma, y un sollozo de hombre impotente ante la vida, se hizo ruido sordo en su garganta. Y vencido regresó al campo.

"Si hubiera tenido —pensó— con qué comprarle aquella pierna que le probaron y caminaba tan bien con ella. Pero sin dinero es difícil que mi pobre hijo pueda tenerla. ¡Y cómo está de adelantao el mundo!... ¡Quien iba a decil que con el tiempo se iban a fabrical estas cosas! Pero pa nosotros los guajiros, el mundo no adelanta. ¿Pa qué queremos esas cosas si no podemos tenerlas?...

Y en su interior veía una injusticia que se estaba cometiendo, y creía adivinar que algo funcionaba mal en la organización de la humanidad, algo deficiente que hacía que para los pobres las cosas no fueran igual que para los ricos, y ese algo era la causa de que su hijo no pudiera tener lo que necesitaba, y pensaba en el lujo de las casas y los automóviles caros que le pasaban por su lado. En tantas cosas en que se gastaba el dinero y no eran necesarias. En cambio, para su hijo, no había un centavo. Indiscutiblemente, que algo funcionaba mal, y que su incultura le vedara que aclarara qué era lo que andaba mal, allá en lo más profundo de su conciencia, creía vislumbrar algo, algo así como que los seres humanos no se llevan bien unos con otros. "Mientras unos tengan mucho y otros no, seguiremos los pobres careciendo de lo más necesario".

—Papá —le habló el hijo— que bueno que pudiera compral mi pierna. El médico me dijo que podía trabajal en el campo igual que antes.

—Veremos a vel —contestó el padre con tristeza— si en este año y el que viene podemos ahorrar algo y ponértela.

—¿Ud. cree que en este año no se pueda?...

—Ya veremos, hijo... Pol lo menos voy a vendel el caballo y la montura, que aunque no me den mucho, algo será.

Quedaron callados. Cada uno le daba vueltas a sus pensamientos. El padre trabajaba de carretero, pero lo que ganaba casi no le alcanzaba para mantener a su mujer y los tres hijos, siendo el mayor el que había tenido el accidente. El caballo dió un ligero tropezón y el cuerpo del muchacho, por faltarle la pierna, se fue de lado. El padre, rápidamente, lo sostuvo para que no se cayera.

"Este maldecío penco —pensó el padre— quiere acabal con mi hijo".

Y recordó cómo había sido que a su hijo le había ocurrido aquello. "Si no hubiera llovío tanto aquella tarde, el caballo no se hubiera atascao". El muchacho fue a la bodega en el viejo caballo y en ella lo agarró un fuerte aguacero. Cuando regresaba a su casa, el caballo cayó en un pantano y en el forcejeo, la pierna del muchacho que había caído debajo del caballo, se fracturó.

Cuando logró separarse del caballo, quiso pararse y no pudo. El hueso de la pierna se había estillado y tenía un pedazo fuera de la carne del muslo. Arrastrándose llegó a su casa. Cuando lo llevaron al hospital se la amputaron.

El padre estaba triste. Le remordía la conciencia, por haber mandado a su hijo a la bodega y que por su culpa le pasara eso. Tenía que hacer algo para resolver ese problema. Pero por más que le daba vueltas en su cabeza, no encontraba la solución.

Así llegaron a la miserable casita donde vivían. Al verlos, la madre salió al patio con los otros hijos. Cuando el caballo estuvo junto a ella, ayudó a su esposo a bajar al hijo; pero al ver que no podía caminar, sus ojos se llenaron de lágrimas y le abrazó con fuerzas. La voz dura del padre llegó rápida.

—A ver si con tanto llanto le vamos a hacel más daño todavía. Al oscurecer sólo los tres hijos comieron. El padre se disculpó diciendo que estaba cansado del viaje tan largo y se fue a su cama a darle vueltas a las cosas que tenía en la cabeza. Y, la madre, que comería en la cocina, pero tampoco probó bocado; no podía tragar del disgusto de ver a su hijo hecho un inútil.

Al día siguiente el padre se fue al trabajo de madrugada. Y a la hora del almuerzo se acordó de su hijo, que en el viejo caballo le llevaba su pobre comida, pero ahora tendría que quedarse sin almorzar al no tener quién se lo llevara. Los otros hijos eran muy chiquitos todavía, y pensó que la mejor forma de resolver el problema era que su mujer se lo hiciera de madrugada y en una lata, lo llevaría él cuando se fuera para el trabajo y allí lo calentaría. No le gustaba comer así, porque muchas veces las comidas se agriaban y sobre todo en verano. Una de las pocas comidas que no se agriaban aunque hiciera mucho calor, era el arroz con bacalao y que quedara bien seco. Lo malo era comer todos los días la misma cosa. Era muy desagradable, pero más malo era no almorzar hasta que llegara a su casa por la noche. Y cuando así ocurrió ese día, vio a sus hijos que corrían a recibirlo y al mayor dar saltos con una sola pierna, agarrándose

al forro de yaguas de la casa, y sintió un fuerte peso en su pecho.

Mientras comían, alumbrados por la tenue luz de la chismosa, su hijo le habló:

—Papá, ya que es seguro que la pierna no se puede compral, si Ud. me consigue cuatro rueditas y un cajón podía hacelme un carretón y movelme por la casa.

El padre hundió la cabeza en su pecho, y en su mente vio a su hijo dentro de un cajón dando vueltas por la casa y el patio y sintió horror. Y tuvo la impresión que toda la vida tendría que andar así. Su hijo inutilizado por no tener quién lo ayudara. Al ver el hijo que no le contestaba, volvió a preguntar:

—¿Qué Ud. cree, papá?...

—No; en un cajón con ruedas no te quiero vel.

—Pero peol está así —habló la madre.

—He dicho que no.

—Es que Ud. no sabe cómo se me cansa la pierna por estal parao en ella sola.

—He dicho que no. Y no quiero repetirlo más.

Rubricó sus palabras con un fuerte puñetazo en la mesa. No siguió comiendo y se levantó y se fue al patio. El fresco de la noche le hizo sentir frío y se dio cuenta entonces que estaba empapado de sudor.

Esa noche no durmió. Le causaba horror pensar que su hijo se pasara toda la vida sentado en un cajón, y eso no lo podía permitir. Tenía que buscar una solución. Ya adivinaba que el despertador tenía que sonar y comenzó a levantarse. Cuando sonó y su esposa se despertó, ya él estaba haciendo el café. Ella llegó a su lado y lo miró furtivamente. Comprendía que algo le pasaba a su marido y sintió miedo que fuera algo grande.

—Cuando las cosas van a pasal, pasan, —dijo ella tratando de darle ánimo.

—Pero es que se pueden resolvel y nadie quiere ayudal a que se resuelvan.

—Los pobres tenemos que aceptal lo que Dios nos manda —volvió a decir ella.

—Dios... Si Dios se metiera en las cosas de la tierra no le podían pasal esto a los pobres. O si no él fuera un... Más vale que me calle.

—No maldigas. Entonces puede que sea peol.

—¿Peol?... —contestó él y contrajo los puños como queriendo pegarle a alguien. Ese alguien que era el culpable que se encontraran así ellos.

Al terminar su mujer de hacer el almuerzo, se lo echó en una lata, y se dirigió a su trabajo. Y al rato terminaba de enyugar los bueyes y cargaba la carreta. No había amanecido todavía cuando iba con la carreta cargada de caña rumbo al ingenio. Detuvo los bueyes, porque a la yunta de guía se le había enredado a uno de ellos una pata. Lo desenredó y de pronto tuvo una idea. Ante él todo quedó aclarado y la solución se presentó firme.

Hizo retroceder más a la yunta de guía y con bastante tiradera en la mano, preparó un lazo y metió una de sus piernas. No pensó en más nada. Le dio un grito fuerte a la yunta y al dar ésta el tirón, sintió un fuerte dolor en la pierna y perdió el conocimiento.

Cuando comenzó a darse cuenta de las cosas, vio que iba en una ambulancia sonando la sirena. Vio a su lado a un amigo y le preguntó:

—¿Qué ha pasao?... ¿Pa dónde vamos?

—No te muevas... Vamos pa La Habana, a que te curen la pierna que se te ha paltío, y el golpe en la cabeza.

El se miró con trabajo sus piernas y terminó por darse cuenta de todo. Y a pesar del dolor, sonrió. Le había salido todo como había querido. Su amigo le volvió a hablar.

—Te encontré en el suelo, entre las patas de los bueyes. Tenías enredada la tiradera en una pierna y se había paltío. En el ingenio el médico dijo que te trajéramos pronto pa la Clínica, pues estabas sin conocimiento del golpe en la cabeza. A la verdad que si los bueyes hubieran caminao, te matan.

Al llegar a la Clínica que pagaba la Compañía de Seguros, lo atendieron rápidamente. Y se sintió nervioso cuando lo llevaron al salón de operaciones, entre tantos instrumentos. Un médico lo reconoció y ordenó hacerle una radiografía, y al oir la orden del médico a un enfermero, se alarmó.

—Doctol, no me van a cortal la pierna?...

—No; para suerte tuya la fractura no es peligrosa.

—Yo creo que tiene que cortálmela, doctol.

El médico se le quedó mirando fijamente. Era rara la actitud de este hombre. Y pensó que estaría nervioso.

—Ya verás qué pronto te curas y tu pierna no hay que cortarla.

Cuando fue a hablar, las palabras le salieron juntas con un sollozo:

—No, doctol. Hay que cortal la pierna.

El médico lo volvió a mirar intensamente.

—No comprendo qué te pasa. Debes estar contento que la fractura no haya sido grave.

—No, doctol. Mi hijo se cayó del caballo y en el Hospital le coltaron la pierna, y no tengo dinero con qué compral la artificial que le recomendaron. Y coltando mi pierna tiene que ponelme una artificial y seguro que a Ud. le es igual ponélsela a él vez de a mí.

El médico lo comprendió todo. Y recordó que su señora había dado a luz hacía unos días un lindo niño y pensó qué hubiera hecho lo mismo y por eso sonriendo habló:

—No es necesario que te cortemos la pierna para resolver el problema de tu hijo. Voy a hacer una colecta aquí en la Clínica y le compraremos su pierna.

Y el pobre campesino, al oir al médico, sintió que su rostro se bañaba de alegría, y comprendió que a veces en esa organización que maneja el hombre, no en todas las cosas anda tan mal.



EL PAÑUELO

por esther díaz llanillo

El cabello negro, lacio, alargado sobre los hombros, disimulándolos apenas, enmarcando un rostro ovalado de pómulos salientes; nariz fina, ojos oblicuos pero brillantes, boca moderada, con un breve rictus en la comisura que semejaba burla, pero sin llegar a serlo del todo. Ella lo admiraba despacio. "En verdad —pensó— no está del todo mal; no, no del todo mal". Era una vanidad en el fondo hacia su persona, aunque sabía, estaba segura, de que esa vanidad tenía su justificación: no era vanidad, sino justicia a sus merecimientos personales.

El espejo no abarcaba su silueta, sólo el rostro, y aquel rostro correspondía exactamente a su figura y bastaba verlo para saberla toda ella, de conjunto. No era pues el tipo de mujer que invita a un hombre a la ostentación, tampoco a la protección, sino al descubrimiento de que hay belleza desprovista de sensualidad —y esto lo asombra— detrás de la pureza de líneas de un cuerpo.

El rostro le devolvió una sonrisa fría, estereotipada, más bien artificial, encuadrada por una hilera de dientes menudos, ordenados a espacios iguales, como si perteneciera a un rostro mecánico; sólo que el rictus de los labios y aquellos ojos oblicuos, de expresión dulzona, aliviaban el peso del mecanismo, lo humanizaban. Demasiado pálido aquel rostro sin pintura, demasiado negro el pelo, que ahora el cepillo estiraba con energía a lo largo del cuello. Todo su mundo estaba en el espejo, pero, a veces, aquel rostro tenía que abandonar ese mundo, entonces el espejo eran los ojos de los otros, hombres y mujeres... se veía reflejado en ellos y le gustaba añadir una forma perfecta en sí, única, más a la experiencia humana. Enriquecía otros espejos mientras el suyo se aliviaba, o mejor, los ojos en el fondo del suyo, ojos con mirada de almendra, pues aquél, en un ángulo de la habitación, sobre el tocador tapizado en color malva, era inconmovible, justo, perfecto (por eso le gustaba), sólo que nunca lograba saber su juicio (por eso lo detestaba).

Los ojos almendrados, detrás del espejo, emitían un fallo que en ella se volvía un deseo y no podía escapar a aquel deseo porque era un fallo, había que cumplirlo. Sólo le faltaba la oportunidad, es decir, la circunstancia que le permitiera hallar el objeto exacto lo más pronto posible. Porque tenía que existir un pañuelo con una forma ideal: un pañuelo adecuado a aquel rostro y al que éste se adaptara con perfección, como una lámina en su marco; dos formas que se complementan en una sola armonía irremplazable.

Durante días lo buscó hasta que una tarde recibió un pequeño regalo por correo, en una caja cuadrada, plana; adornada con una cinta de un rojo subido y en papel rugoso al tacto, sin etiqueta; la abrió y allí estaba el pañuelo, envuelto en papel de china, doblado cuidadosamente y planchado después, pues tenía los dobleces vivamente marcados y al

abrirlo semejaba un tablero de ajedrez simplificado por el dibujo de éstos. Indudablemente lo habían usado antes, no era de estreno, tampoco había tarjeta en la caja que mostrara el nombre del remitente, todo lo cual era secundario al lado del hecho, percibido de pronto, de que aquél era el pañuelo.

Al llevarlo por la calle, ocultando el cabello, anudado bajo el mentón con una sola lazada y después hacia la nuca, formando allí un nudo, el definitivo, con las puntas al aire como dos orejitas sobre el triángulo del extremo posterior, todas las miradas se volvían hacia su rostro: ¿con admiración, con asombro, con piedad...? Con una suerte de anhelo, porque todos, de alguna forma, deseaban aquel pañuelo y tomarlo hubiera sido desposeerlo de su rostro, asesinar el rostro que lo llevaba y al que pertenecía. Ella no lo comprendía así, sino que el pañuelo, su uso, significaba el cumplimiento del fallo, la satisfacción de su deseo, lo justo, por eso no lo hubiera regalado, ni siquiera prestado nunca, y al mismo tiempo no permitiría que se lo quitaran o se lo arrancaran de la piel; tampoco lo hubiera ocultado, porque lo había recibido misteriosamente y misteriosamente también intuía que ocultarlo equivalía a perderlo para siempre.

A medida que pasaban los meses fue descubriendo que cada vez podía prescindir menos de él, sólo se lo quitaba para la higiene necesaria y observó que mientras su pelo necesitaba ser lavado hasta cuatro veces por semana y hasta diariamente el pañuelo, en cambio, apenas retenía el polvo y podía estar meses y meses perfectamente limpio, tan liso como el primer día, después que ella lo planchó para quitarle las marcas de los dobleces, y con tan vivo colorido como si nunca hubiera sido expuesto a la luz.

En realidad era un pañuelo único, lo había observado; en distintas ocasiones varias personas le habían comunicado su deseo de tener uno igual. Una amiga, después de buscar afanosamente por tiendas y quincallas la reproducción del pañuelo, le había confesado que se habría sentido feliz poseyéndolo y casi se lo hubiera pedido de rodillas como si él significara la vida a no ser porque ella había dado media vuelta y tras gritarle que no lo entregaba se había alejado rápidamente. Las razones que muchos aducían eran interesantes: un amigo matemático le había confiado lo dificultad de hallar un pañuelo como aquél, cuyos cuatro ángulos se adoptaran tan exactamente unos a otros como los de un cuadrado perfecto. Otra persona, especializada en modas, no acertaba a reconocer la tela y le ponderaba cualidades tan extraordinarias como las de limpieza e inarrugabilidad, fuera del colorido, de fijeza y nitidez inigualables. Cuando les explicaba su extraña procedencia todos emitían distintas opiniones acerca de su origen con aire escéptico, hasta que al fin, con mayor credulidad, optaban por afirmar que éste era indudablemente misterioso; pero a nadie daba el pañuelo, en verdad, no hubiera podido deshacerse de él, su pertenencia era superior a sus fuerzas, era un fallo, un deseo, algo que no podía dejar de sentir ni de cumplir, y este deseo, este fallo, se acrecentaba, en vez de irse borrando, con el transcurso del tiempo.

Ya no era una cuestión de vanidad, sino simplemente de pertenencia, lo defendía como hubiera defendido su vida misma; ya no se lo quitaba ni para dormir, aunque en la oscuridad nadie la viera. Entonces empezó a notar ciertos fenómenos en su espejo: le devolvía un rostro envejecido, y mientras más días pasaban más rápidamente envejecía aquel rostro. Al principio creyó que el espejo estaba empañado, por lo cual optó por limpiarlo minuciosamente; después pensó que era el cansancio, pues sin discusión alguna ella era una mujer joven, demasiado joven, y aquel rostro no correspondía a sus años; finalmente, se dio cuenta de que era verdad: sus amistades no la reconocían por la calle, personas desconocidas a las que había dicho su edad casi se le reían en la cara y después cuchicheaban al oído del otro, a sus espaldas, "es una vieja loca", como si ella, a los diez y ocho años, pudiera estar tratando de engañarles. En realidad tenía que reconocerlo, su rostro había envejecido en año y medio lo que debió en cuarenta o cincuenta años de existencia, esto la preocupaba. Una vez que se miró al espejo observó aquel rostro de ojos exprimidos en sus cuencas, boca de ángulos caídos, ahora con aire de sarcasmo, piel arrugada y pecosa, óvalo imperfecto, cuello fláccido. En cambio, el pañuelo era cada vez más brillante, como si sus colores se acrecentaran con los años. Esto la intranquilizó.

En cierta ocasión comenzó a sentir ahogos, palpitaciones, respiraba con dificultad, se cansaba pronto. Decidió ir a un médico, pero éste no pudo explicarse aquel extraño fenómeno dado que su organismo estaba en perfecto estado; le añadió, después de hacerle quitar el pañuelo y examinarle el cuello donde ninguna huella parecía revelar su afirmación, que ella era una persona impresionable y que si se imaginaba que el pañuelo la estaba ahogando, lo más lógico era no usarlo más y con una sonrisa amigable se lo arrebató de la mano sólo el instante necesario para que ella a su vez se lo quitara y se marchara precipitadamente de la consulta.

Estaba segura de que era el pañuelo el que la ahogaba, como un parásito se nutre de otra vida, así el pañuelo se nutría de su rostro, porque su cuerpo se conservaba con la misma lozanía de sus diez y ocho años. Sin embargo, no podía deshacerse de él, al menos, mientras lo tuviera a la vista, o así lo creía; ya le era imposible desatar el nudo sin sentirse desesperada, lloraba como una niña al guardarlo en la gaveta y un segundo después la abría de nuevo para mirarlo. Era una cuestión de vida o muerte y tenía que hallar la solución, determinarse. Sin embargo, en lo que la buscaba pasaron los días y ya no tenía fuerzas para quitárselo, aunque sabía que el nudo alrededor de su garganta se apretaba cada vez más y acabaría por matarla. Entonces, de pronto, una mañana encontró la solución: si no podía desatar el nudo, podía cortarlo, y así lo hizo con gran desasosiego tomando unas tijeras del tocador tapizado en color malva, lo cortó detrás, en la nuca, donde estaba el nudo, después, delante, la primera lazada, luego sacudió la cabeza violentamente, el pañuelo cayó sobre los hombros y finalmente sobre el suelo, el pelo negro se desató sobre los brazos, había crecido en ese año y medio, era lo único joven en su rostro fuera del pañuelo. Entonces se volvió a mirarlo y comprendió que mientras él existiera no podría liberarse de su influjo, que estaría deseando siempre su posesión y que indudablemente acabaría por poseerlo de nuevo. Tenía que eliminarlo de una vez. Con un movimiento brusco lo tomó en la mano izquierda y con la derecha empezó a recortarlo con las tijeras en pedazos menudos de variados contornos hasta que lo deshizo, luego, los arrojó al fuego, pero a última hora tuvo una debilidad inexplicable y decidió quedarse con una pequeña muestra que reproducía la forma del pañuelo, y esta muestra era para ella el pañuelo, satisfacía el deseo de poseerlo que no disminuía aunque su rostro era más viejo que antes y su cuerpo ahora se marchitaba y el ahogo y las palpitaciones persistían.

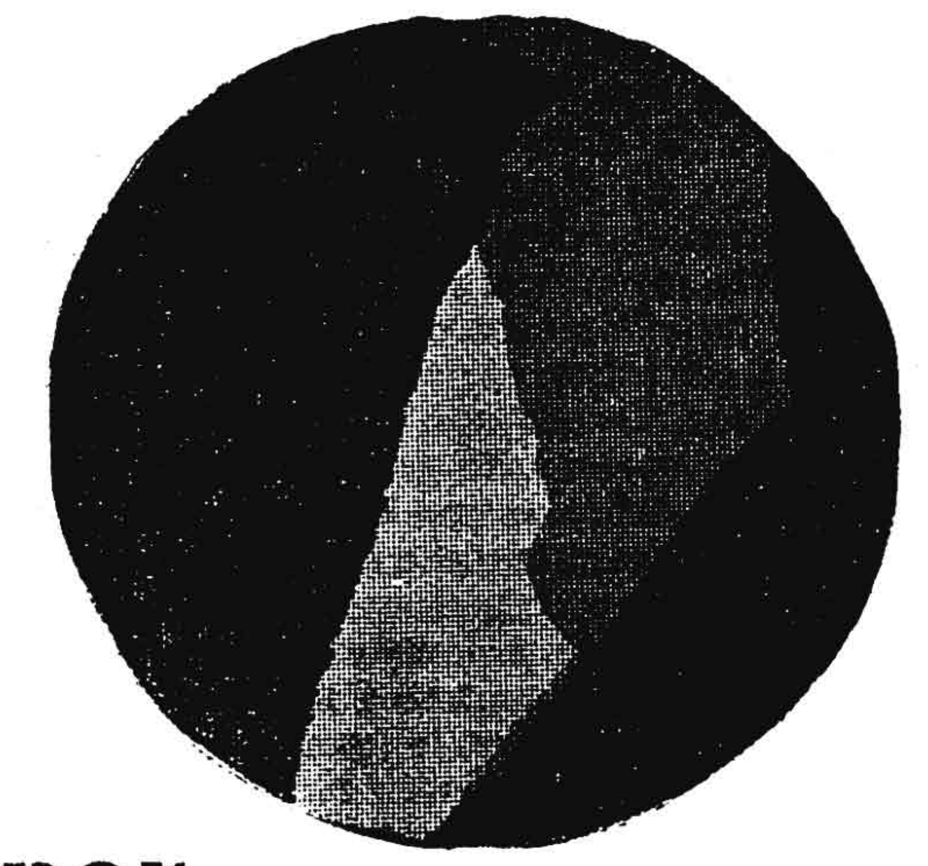
Sin embargo, ya no era el pañuelo, puesto que se había deshecho de él —salvo de la muestra, que no podía anudar alrededor del cuello y que llevaba siempre en la cartera o en el bolsillo— sino su cuerpo, que no podía vivir sin el pañuelo y era como si le faltara el alimento para subsistir, por más que este alimento era el veneno que lo mataría.

Entonces descifró que era la forma del pañuelo la que la mataba y que la muestra reproducía aquella forma por lo cual se arrastró hacia el tocador y tomó las tijeras mientras intentaba respirar y de un tajo segado cortó la muestra en dos triángulos, entonces respiró, se acercó tambaleante al tocador y apoyó un brazo sobre él para sostenerse, levantó la vista y buscó su rostro en el espejo frente a ella, pero no lo encontró, o más bien, casi no lo vió, éste comenzaba a borrarse gradualmente, el espejo no lo reproducía, dio un paso atrás, tampoco reproducía su cuerpo. Con terror pensó en lo que acababa de hacer, intentó en vano unir los triángulos en el suelo, como un rompecabezas que se descifra para armarlo, entonces, un segundo después, todo se borró de su vista definitivamente igual que ella se borrara del espejo. Pero antes de morir comprendió que ella era sin la forma del pañuelo lo que éste sin la de ella y que en la batalla por el triunfo sólo hubiera podido subsistir la forma más fuerte, la más inhumana, la más perfecta. Sus días habían estado señalados, cortar el pañuelo era cortar sus días.

ESTA NOCHE CAERA LA LLUVIA

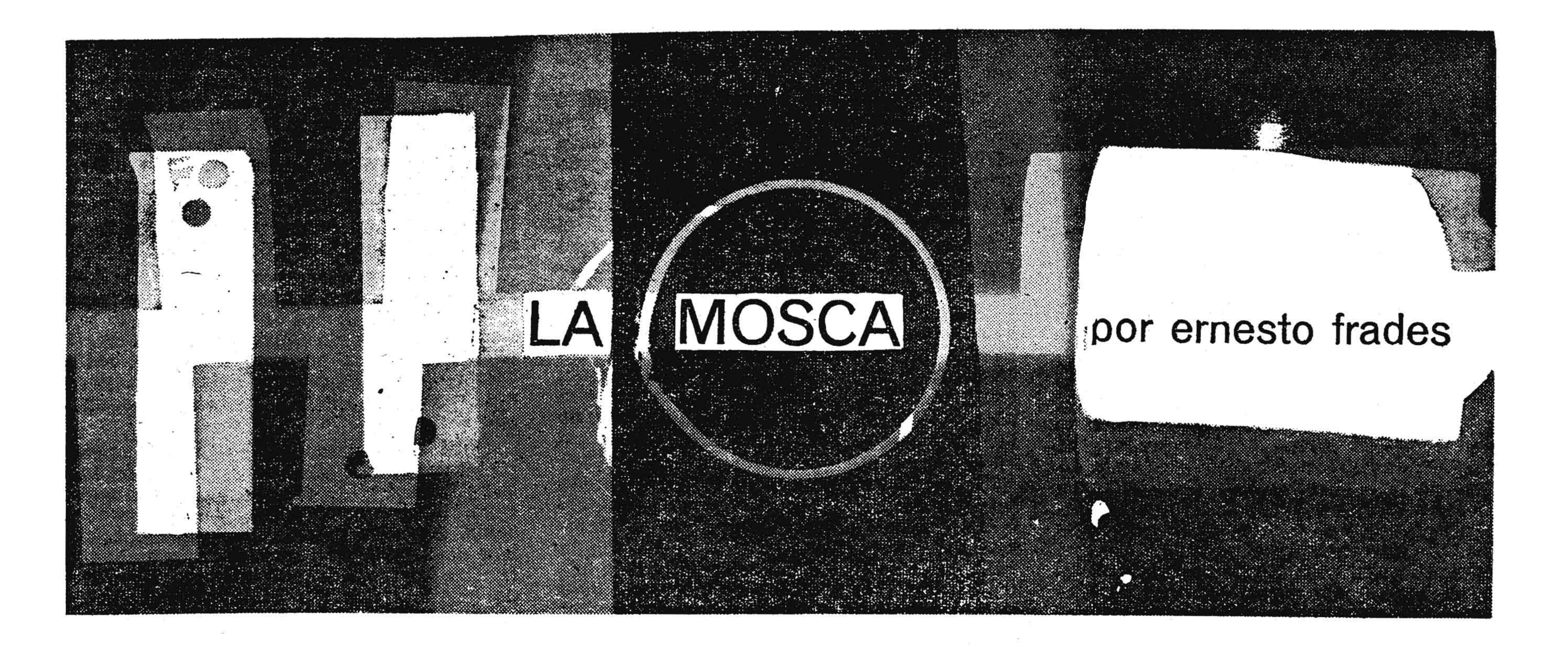
Este domingo sin comida,
sin amigos,
sin mi mismos...!
Este domingo corrompiéndose
siempre a las seis de la tarde.
Este domingo sin niños ni doctrinas,
sin un minuto importante,
¡Este domingo de palpitaciones...!

DOMINGO



Esta noche caerá la lluvia...
nacerán los niños en las ciudadelas,
saldrá un olor distinto desde lo profundo
de la tierra.
Esta noche seré dueño de las flores y de
(mis huesos,
y caminaré abriendo los brazos para recibir
este albor que ya comienza.
Esta noche soy feliz porque he reído,
porque todas las cosas que toco me
(pertenecen,
porque he sentido las manos de un anciano.
Esta noche me safo la corbata porque soy
(libre,
porque voy caminando sin rumbo y no me
(importa,
porque por primera vez descubro
la parte final de la tristeza...!

por
roberto cazorlas



LA MOSCA

por ernesto frades

Soy la mosca atrapada en la red,
mi amo se acerca sin prisa...

¡Era insoportable! Un estribillo idiota cantado por una voz ronca. La voz emergía del último de los apartamientos enrejados, cubiertos de grises paredes que rompían, gracias al chapucero espatulado, su implacable monotonía.

Mechena lanzó una palabrota y se revolvió intranquilo en el duro camastro plagado de bichos que le absorbían la sangre. ¡Lo de este negro no tiene perdón! ¡No basta el calor, la comida salitrosa y los vampiros!, también ese cantico día tras día y noche tras noche, a todas horas, sin misericordia. ¡Los guardias deben hacer algo; acaso no tiene un infeliz preso derecho a la quietud!... Encajó el rostro en la almohada. Trató de no pensar. Iba a ser un día agotador y requeriría cada pulgada de nervio. ¡Tenía que dormir! ¡Dormir!... Chorreaba como puerco ahumado. El sudor rondaba su cuerpo pegándolo a la sábana, haciéndole cosquillas en la nuca. El calor era otro enemigo...

Pensó en el día siguiente: 8:00 a. m., desayuno. Leche aguada y pan tieso (¿con mantequilla?) Vigilancia, sin tensión.

8:30, comenzaba el trabajo en la talabartería. Con habitual eficiencia, el No. 7117 produciría otro fino cinto de cuero repujado, idéntico a los miles que había hecho en los últimos seis años desde su ingreso en el penal, y nadie sospecharía un ápice de él, ¡Mechena, el preso modelo!, ni de su ingenioso y sencillo plan.

Tornó la cabeza huyendo de sí mismo. ¡Descansar! ¡Relajar los músculos! ¡Morir temporalmente y resucitar con el sol de la aventura!...

Soy la mosca atrapada en la red,
mi amo se acerca sin prisa...

Mechena era hombre curtido por la experiencia. Temperamento vivaz, agresivo y nómada, había peleado, apenas adolescente, en la Revolución mejicana al lado de los humildes, distinguiéndose por su valor excepcional, granjeándose el respeto del león Villa y del propio Zapata. Herido por una granada que le metió 23 fragmentos de metal en la espalda e incapaz del menor movimiento, fue capturado por el enemigo y sometido, sin ningún éxito, a inhumanas torturas para que diese informes.

Dado por muerto, las bestias lo lanzaron a una zanja abierta por bombas, siendo rescatado por unos campesinos y revivido gracias a sus cuidados. Nunca olvidaría la terrible experiencia. Jamás volvió a la guerra...

Al correr los años, sin trabajo y con moral resquebrajada por el hambre, Mechena comenzó a hurtar. Pequeños objetos que luego vendía: carteras femeninas, pitilleras olvidadas en alguna mesa de café, y de vez en cuando, como algo muy especial, autos de lujo. Este era el "trabajo" más difícil y arriesgado. Por eso, cuando fue detenido manejando un deslumbrante Cadillac no se inmutó demasiado. Cumplida la condena y deportado a su nativa Cuba, no tardó mucho en volver sobre sus pasos. Sorprendido nuevamente por la Ley, aceptó la cárcel con su resignación habitual. Su filosofía, que consistía en fomentar una absoluta pasividad ante lo inevitable, aumentaba. Y no era que Mechena fuese un fatalista amargado; sencillamente, aceptaba el destino como algo real, palpable, y el suyo, estaba convencido, era una línea ininterrumpida de peligrosas emociones. Y ahora, iba a agregar a su azar de oveja descarriada, un inesperado y paradójico eslabón: la justicia...

De un salto, levantó sus 200 y pico de libras. Pasó, nervioso, la mano por el pelo. Comenzó a pasearse. De la reja a la ventana, de la ventana al inodoro, del inodoro al retrato en blanco y negro de la modelo desnuda, en la pared. Repitió el círculo hasta la saciedad. Sentía la cabeza densa, densa. Las ideas obsedentes volvieron a su cerebro desplazando el bronco aullido del negro, quien de seguro, se le antojaba, ofrecía su estribillo a algún dios de su mundo irreal...

12:00 M. Almuerzo. Comida regular, vigilancia estricta. El "cojo" Utrera, como siempre, haría lo posible por amargársela con sus bravuconerías. A él y los demás. ¡No podía aguantarlo! Pero no buscaría pelea. Soportando sus alardes entonces, podría vengarse después. Sí, iba a ignorar las insolencias, y cuando sirvieran el postre, Utrera, sentado al lado suyo, con el rabillo del ojo lo "sorprendería" pasando el mensaje escrito para Fernández, metido bajo el budín. Budín de frutas que siempre sirven los martes... ¡Lo tenía bien calculado! ¡Pan comido! Tres sencillos elementos componen la entraña del plan: Un aviso. Un encuentro. La muerte. El resto: esperar, evitando sospechas con impecable comportamiento. Matar, comer, dormir, nada más. Cuando Fernández "despreocupadamente" tirase al suelo la bolita de papel, el "cojo" no tardaría en adueñársela y enterarse. ¡Esto es lo que Mechena esperaba!

Utrera es el inquilino más odiado y temido en el presidio por su influencia con los guardias. El propio Jefe de los "perros" (léase guardias), ha demostrado en más de una ocasión su parcialidad con este diminuto germen delgado y ojeroso, al que los enormes pómulos dan un acusado aire simiesco. Y aún entre los pequeños líderes de la ciudadela, Utrera mantiene una férrea sumisión, pagada a la vez con férreo menosprecio. Y es que, en esta sociedad olvidada, el crimen sigue una trayectoria indeclinable que asciende, del mero hurto hasta el asesinato; pero más elevado aún en la escala, se halla el delito más perseguido, de mayor castigo en la tribu. El único pecado realmente imperdonable en este purgatorio de almas numeradas: la delación. Y el cojo Utrera, importándole un bledo el anatema de sus compañeros, los escupitajos llovidos a su paso y la soledad perenne que todo ello deriva, ejerce su "oficio" a conciencia, esmerándose en observar cualquier amago de rebelión, tratando de escuchar algún comentario entusiasta sobre Fidel Castro, el joven abogado que ocupó la celda contigua a la de Fernández; el mismo Castro que ya libre, amenazó invadir a Cuba con un gran puñado de ideas y hombres. Utrera reporta la cosecha diaria de espionaje al jefe del penal y éste recompensa su ruin lealtad con cigarrillos, permiso para moverse a su antojo y todos los años, la noche de año nuevo, un cuerpo femenino de regular precio, con que matar el aburrimiento. Arias, como Director de la cárcel era un dechado de maldad, un sádico sin entrañas. Pero se trataba del Jefe de la tribu y después de todo, sólo estaba cumpliendo un deber. ¡Inhumano, salvaje y repugnante, pero deber al fin!

Utrera, sin embargo, entregaba a cualquiera por una miseria. ¡Y lo hacía sin remordimiento! Comparado con él, Arias era sólo un pequeño monstruo. Aún le quemaba a Mechena el recuerdo de aquella madrugada que un breve cortejo de guardias echó en la celda de Sixto Gómez un fardo humano, mal envuelto en sangre, que no era otra cosa que los restos del pobre Sixto; consecuencia infalible de una "visita" al Director en su gabinete de torturas. ¿Quién era el verdadero culpable? ¿Arias o Utrera?... La elección no ofrecía dudas...

"ESPERAME EN EL VIEJO ALMACEN, ESTA NOCHE A LAS ONCE"

Mechena había estudiado y pesado cada célula del plan: Utrera, después de leer el "mensaje", metería las narices. Conocía bastante bien la psicología del chivato y estaba seguro de algo: la nota, demasiado lacónica, dejaba muchas cosas sin aclarar. Por eso, el cojo, picado en su curiosidad, también acudiría a la cita, y esto era todo para Mechena. El almacén era lugar desierto. Discreto testigo que, con indiferencia, vería morir de una justiciera puñalada al enclenque traidor...

Soy la mosca atrapada en la red,
mi amo se acerca sin prisa...

Apretó las mandíbulas, imaginando aquel instante decisivo, y cayendo después sobre el camastro que rechinó agrio. ¡Nadie compartía su angustia! Se hallaba solo. ¡Solo! Acompañado única y fielmente por el calor viscoso, la tensión, el temor al fracaso; factores ineluctables de aquella decisión tomada por la ciudadela para erigirle en verdugo. Mechena reunía los requisitos: valor, inteligencia y la confianza de los guardias. Nadie mejor para la difícil misión; nadie. Pero... había algo que la ciudadela ignoraba: la debilidad de su verdugo.

Bosch, su ex compañero de celda, ya libertado, que fue su mejor amigo y casi un hermano, y que pasaba largas horas en la biblioteca atiborrándose de estudio, le dijo, una vez que Mechena le confió el secreto, que se trataba de una fobia, un complejo o cosa parecida, dándole tremenda explicación que no entendió mucho. Y ahora, sus compañeros habían depositado su confianza en él. Ignoraban su flaqueza: el miedo a ser torturado. Sólo les importaba la ejecución del

maldito. Nada más. Y Mechena acataba esta fe, resignado, con profunda emoción, pues sabía que, cuando descargase el golpe mortal sobre la espalda señalada, millares de labios pronunciarían su nombre, envuelto en ráfaga de agradecimiento...

Se dejó caer de espaldas en el lecho. Apuró un buche de aire y aplastó varios piojos. Incrustó el rostro en la almohada de piedra. ¡Estaba tan cansado! ¡Era tan difícil conciliar el sueño! ¡Tonto preocuparse! Nadie podría ver nada; nadie podría oír. ¡Pan comido! Clavó la mirada en la mujer de la foto. No podía distinguirla en la oscuridad, pero tampoco hacía falta: se la sabía de memoria. Linda, trigueña, cuerpo delgado muy blanco; senos... ¡Tal vez no volvería a imaginar suya aquella hembra! ¿Quién podía augurar algo con certeza? Un plan infalible, sí, pero ¡quién sabe...! ¡Divagando otra vez! ¡Sueño! ¡Eso deseaba! Meterse en la inconsciencia... Miró, en la repisa, su única diversión: un libro. Uno solo, el resto lo había prestado a sus vecinos en la celda aledaña. Un rato de lectura servía de efímero escape a la realidad. No podía beber ni jugar, ni nada. ¡En algo tenía que aprovechar el tiempo! Un rato de lectura aprisionada en carátula grisácea. ¡Aquí, carijo! ¡todo es gris! ¡Los pasillos, el comedor, la celda, la cama, el uniforme, hasta la sangre!...

Soy la mosca atrapada en la red...

Ese era afortunado: no padecía. Su gran problema: cantar la lúgubre canción, como disco rayado. Llegó a imaginar, ¡vaya insensatez, que aquello iba con él! ¡Un fúnebre ruego por su alma! Divagando... Divagando... ¡De continuar así, le haría compañía al negro! ¡Quién sabe si ya había enloquecido! Dicen que uno no se da cuenta... Al fin comenzó a sentir cansancio; como si hubiese regresado de un viaje larguísimo. Cerró los ojos. Poco a poco, fueron muriendo los pensamientos. Un calorcillo opiáceo amortajó sus sentidos, mientras el último aullido del loco se disolvía en la nada...

10:30. Silencio. Noche sin luna. La ciudadela reposa. Los perros vigilan los corredores, deambulando confiados, con desgano. La luz más importante sale del gran reflector principal, reptando los muros, el patio, las ventanas enlutadas con crespones de barrotes.

Mechena permanece inmóvil, agachado en el rincón más negro en la entrada del viejo almacén; triturando el chiclet, mirando de continuo el reloj. Faltan 25 minutos para la falsa cita y ya Utrera debiera estar aquí.

Bien, no hay que preocuparse. El epílogo no variará. Se ha cumplido el primer elemento del triángulo: El cojo leyó la carnada y picó. Llegará pronto. ¡Hum! Por poco "el sordito" no puede entregarle la llave maestra que fabricó para esta misión. El "sordito" es gran cerrajero, pero le metieron 2 meses de incomunicado, por pelear. Bueno, ya él está aquí y eso es lo que importa. Aunque llegar le costó la gota gorda, con llave maestra y todo. Tuvo que esperar el relevo de los guardias para poder escurrirse. Fue sólo un minuto. Abrió la reja, evadió la vigilancia y entró al almacén, luego de recorrer el pasillo... ¡Hum! ¡Qué detendrá a este condenado...! ¡Ya tiene ganas de acabar! Un rápido golpe de cuchillo y... ¡Zas! Claro, que siempre es desagradable hacer estas cosas. ¡Aún con una asquerosa alimaña como Utrera! ¡Sí, un golpe de cuchillo... Sin embargo!... Mechena tuvo un instante...

¡Pero se repuso! Lo pactado era ley y la ciudadela había elegido con acierto. El era el tipo capacitado. Imaginándose al cojo enemigo de la guerra mexicana, sería más fácil. Como tantas veces había hecho. Sí; era el hombre capacitado...

Mechena afinó el oído. Aquellas inconfundibles pisadas gagas susurraban la distancia en que se hallaba su víctima. Calculó que pasaba ya junto a la puerta. Sintió, en mitad del silencio, su respiración entrecortada. Los pasos cesaron. ¡El momento había llegado! Pegó el chiclet en una caja vacía de tela y escupió una maldición. Despacio, sacó la cabeza, vislumbrando a Utrera. Luego, abandonó el escondrijo tras la puerta. El chivato aguardaba, observando el exterior a través de la ventana cuadriculada, por donde se adivinaban las siluetas tenebrosas de los altos muros contra el cielo sin estrellas.

Su mano rastreó el cuchillo que apretó con odio. ¡No olvidaba los compañeros asesinados! ¡Ahora este desgraciado aprendería el final de los chivatos! Ya había llegado hasta su espalda, viéndole agachado a sus pies como serpiente, asomado los ojos saltones por la ventana. Tragó en seco; alzó el delgado cuchillo que, al descender sobre el reptil, brilló fugaz, alcanzado por la luz intensa del gran reflector...

El cuerpo se había deslizado sin ruido, sobre la oscuridad del piso, para quedar bocarriba, inerte, con los ojos semicerrados, extrañamente fijos en el rostro de Mechena, con grotesca expresión de sorpresa, como si su vieja amiga, la muerte, hubiese surgido de las sombras para saludarle por última vez...

Limpió el arma con un trapo, borrando huellas. La tiró junto al cadáver y se marchó por donde mismo había llegado. Recorrió todo el pasillo que comunicaba con la entrada de su galera donde se hallaba la celda. ¡Raro! ¡No estaba muy nervioso! ¡No tenía tiempo! Lo vital era regresar. Llegó a la galera. Se presentaba el obstáculo número uno: los guardias. Para alcanzar la celda, debía pasar muy cerca de ellos. Escuchó sus risas maliciosas. Como todas las noches, se divertían contándose chistes verdes y esto podría ser un factor de ayuda, pues, adentrados en la catarsis de una historia picante, tal vez no repararían en él. Los guardias se hallaban en mitad del pasillo, mirando de vez en vez y por instinto hacia los lados.

Mechena podía observarles sin ser visto, metido en una estrecha hondonada en la pared de ladrillos. Allí estuvo un siglo, fundido a la piedra, oteando el enemigo, esperando el menor descuido.

El descuido llegó: los hombres se reunieron, excitados, alrededor de otro que había sacado un papel brilloso que a Mechena le pareció una foto pornográfica. El resquicio de disciplina se evaporó, comprendiendo el verdugo que había llegado el instante. De un salto franqueó la distancia que le separaba de la escalera conducente al pasillo de su celda, quedando luego quieto, muy quieto, desparramado sobre los peldaños.

Había pasado inadvertido. Los "perros" continuaban su pequeña juerga en silencio, estudiando el retrato y ensayando alguna indecencia. Comenzó a arrastrarse cuesta arriba. Le vino al cerebro la foto de la mujer en su celda. ¡Tengo que llegar! ¡Llegar!

El filo de los peldaños torturaba, como golpes de guadaña que la muerte aplicase a sus costillas. ¡Venció seis peldaños y aún faltaban cuatro! ¡Sólo dos más y sería libre! ¡Libre para volver a su encierro!...

Aquella risotada de uno de los tipos le hizo volverse curioso.

¡Un estremecimiento lo invadió! ¡Atrás, en la salida del corredor central se hallaba, omnipotente y aguileña, la odiada figura de Arias!

En un segundo, perdió Mechena la noción de la realidad; creyendo ver en cada celda, en cada rincón obscuro, un rifle apuntándole, esperando la orden de abrir fuego. ¡Allá estaba! ¡Observándole estático, músculos tensos como cables, tórax descubierto sudando rabia, boca contraída en dibujo de crueldad y sadismo! Mechena temblaba como cogido por la electricidad. ¡Estaba perdido! Se hallaba a merced del canalla; indefenso ante su mirada diabólica. ¡Abajo, los guardias! ¡Detrás, Arias! ¡Arias, que ya saboreaba de antemano sus alaridos! ¡Sentíase inválido, aherrojado a la hipnótica mirada de aquellos ojos desmesuradamente abiertos que ya prometían noches de inacabables torturas!...

Uniendo fuerzas, reaccionó, salvando de un brinco los peldaños finales.

Llegó a la celda. La abrió con la llave maestra, cerrándola luego, despacio. Lanzó por la ventana la llave que, chocando con un barrote, rebotó hacia dentro, yendo a parar bajo la cama. Se tiró desesperado sobre el piso tanteando cada pulgada. ¡No podían encontrar la llave! ¡Era una evidencia demasiado contundente! Podía alegar que Arias se había equivocado de hombre. ¡Cualquier cosa! ¡Pero la llave!... ¡Inútil búsqueda! Acuclillóse en una esquina; cabeza hundida bajo los brazos en cruz, temblequeante como gato mojado, aguardando los pasos de sus captores. Y así esperó... esperó, con la imaginación encabritada y los nervios destrozados... por una eternidad, esperó... Y cuando el nuevo sol ya bostezaba, sus primeros rayos por la ventana, seguía aguardando Mechena su impredecible destino como piltrafa humana, pronunciando, poseído de Satán, el nombre desconcertante de Dios...

A despecho de su amorfa percepción de la realidad, comprendió que algo muy raro estaba pasando. Arias le había descubierto fuera del redil y sin embargo... ¡aún estaba allí! ¡Vivo!, en su consabido rinconcito, aplastado por las mismas grises y chapuceras paredes que sufría hacía seis pascuas. ¡No lo entendía!

¡Tal vez —razonó—, no llegó a verme! ¡O tal vez murió! ¡Un ataque al corazón o algo! ¡Eso es! ¡Una coincidencia afortunada! Pero Mechena se engañaba y en el fondo, lo sabía. Aquellas pupilas de fuego no hablaban de muerte ni ceguera. Expresaban el terrible lenguaje del sufrimiento. ¡El refinado lenguaje que tan sabiamente empleaba el chacal!...

Miró el reloj: ¡7:45! ¡Inspección! Trató de animarse con tenues cachetadas. Levantó el cuerpo y usó el baño. Se lavó mal y aprisa. Luego, sentóse en el camastro, tratando de ordenar las ideas. No pudo. De nuevo, la ronca voz del negro loco, cortó su pensamiento:

Soy la mosca atrapada en la red,
mi amo se acerca sin prisa,
vacía la panza, febril la garganta
por horrible sed...

¡Sí, él era la mosca! ¡Atenaceado por el miedo! ¡Atrapado en la insondable red del sufrimiento! ¡Esperando el aguijonazo de la araña disfrazada de azul!...

¡Oyó pasos! Irguiéndose, llegó a los barrotes y metió el rostro... los pasos crecían... crecían... alcanzó a ver parte del corredor hacia el final. Dos guardias. ¡Venían en dirección a su celda! ¡Y con ellos, Arias! ¡Arias! ¡La tortura! ¡La tortura inaguantable!... Deseó vomitar y sólo expulsó aire. Henchido de horror, cerró los ojos, hundiéndose en el eco alucinante de aquellos pasos.

Lapso infinito. Al fin, abrió lentamente los párpados: Sólo la reja ante él. ¡La reja y el canto! Se metió de nuevo en los barrotes. Arias, tranquilo, se alejaba con los "perros" hacia el otro extremo del pasillo. Mechena palpó sus gélidas manos, el pecho y los cachetes, riendo como un niño: ¡la vida seguía a su lado!...

El timbre del desayuno lo sacudió. Comenzaba la rutina. Vigilancia suave, leche aguada con pan tieso (¿y mantequilla?). Jamás sabría tan sabroso aquella porquería. ¡Aunque no las tenía todas consigo! ¡De seguro, Arias le estaba preparando algún truco! Quizás...

Las rejas se abrieron con un chirrido, dejando salir la hilada de presos. Con imprecisión, Mechena dió unos pasos, uniéndose al enjambre, ¡hum! ¡Guardias con rostro pasivo! ¡Aumentó su confusión! Acaso no sabían lo ocurrido, aún. Después de todo, quizás Arias nunca le vió, realmente.

—¿Ya sabes lo de anoche? —le deslizó al oído Fernández, a su espalda.

—No —respondió nervioso—. Empezaron a marchar.

—¡Arias!

—¿Hum?

—Arias caminó por todo el presidio... ¡sonámbulo! ¡Ja!

—¿Sonámbulo?...

—Sí. Escuché los comentarios...

—¡Sonámbulo!...

—¡Dicen que parecía un fantasma! ¡Ja!

—¡Sonámbulo!

—Y tú, ¿qué? ¿Hiciste "aquello"?

—Sí.

—¿No hubo problema?... ¡Bravo!

De repente, los bestias se transformaron en hombres.

La dulce canción del negro volvió a surcar los espacios: por las ventanillas, bloques de un sol radiante engulleron el eco de aquel homenaje.



EL MERCADER DE LA GUERRA

por ricardo martínez

Una tarde de septiembre, Henry llegó a La Habana. Descendió del avión en el aeropuerto de Rancho Boyeros y miró a su alrededor, vio el moderno edificio al frente, a los lados vio más aviones y el campo de un verde todavía veraniego. Su mirada fue furtiva, no le interesaba, él no era uno de esos bobos turistas, no, él venía en viaje de negocios y en sus negocios pensaba. Al entrar en el edificio sacó su pasaporte estadounidense, se sorprendió de ver que no se lo revisaban por ser americano, en otros países sí lo hacían; pero esta era Cuba. Entre tanto, había abierto el documento y se veía una fotografía, estaba joven en esa foto, viejos tiempos, ya Henry no era tan joven, pero tenía más experiencia.

En efecto, era un hombre maduro, tendría unos 45 años. Era alto, de pelo ligeramente canoso, ojos grises, profundos e impasibles. Vestía un correcto traje oscuro de excelente tela. Sí, era rico, pero no siempre había sido así; pues había nacido y se había criado en los "slums" de New York. Por eso era que tras su aspecto de acomodado hombre de negocios se traslucía en su cara una cierta dureza. Era un "self made man" con todo el orgullo que eso puede dar a un hombre sin cultura.

Corría el año 1958. Cuba se hallaba envuelta en una virulenta guerra civil. Allá en las montañas de Oriente Fidel Castro y sus barbudos rebeldes luchaban denodadamente por la libertad y la decencia contra el gobierno tiránico de Fulgencio Batista producto de un golpe de Estado. Los Estados Unidos habían suspendido sus envíos de armas a Batista debido a las protestas surgidas con motivo de los criminales métodos de represión usados por sus hombres. La Habana, a cientos de kilómetros del escenario de la guerra parecía tranquila pero en realidad estaba turbulenta. Jóvenes del movimiento de resistencia o inocentes, eran sacados todas las noches de sus casas, para ser torturados y asesinados. Los criminales recibían medallas y los gobernantes se hacían ricos. Mientras tanto, millonarios turistas americanos y borrachos, jugaban toda la noche en los lujosos casinos manejados por "gangsters" de Chicago y Las Vegas; y más tarde la policía los guiaba a casas de dudosa moralidad. Henry Mills tenía noticias de muchas de estas cosas y otras se las suponía, pero a él no le importaba. El negocio se presentaba a la medida. En efecto, Batista quería armas y Henry Mills como vicepresidente de una fábrica de ellas se las vendería a un precio fabuloso. Esa era su misión. Ese era su negocio. El era "El Mercader de la Guerra". Debía hacer contacto con el general Pedro Salazar. Todo estaba preparado.

Eran las 5:00 p.m. y el sol brillaba como si fuera mediodía cuando Henry salió del aeropuerto. Hacía un calor sofocante. Se secó la frente sudorosa.

—Lléveme al Hotel Habana-Hilton, dijo al chofer cuando hubo montado en el taxi. Lo dijo en perfecto español que conocía por haber vivido en México.

Henry quedó maravillado con La Habana y su progreso. El había pensado de La Habana como la pequeña capital de uno de esos países que en Washington eran clasificados como subdesarrollados. Pagó al conductor $5.00 y se bajó en el magnífico hotel habanero.

—Yo soy Henry Mills y tengo una reservación, dijo al joven de la carpeta.

—Si señor, como no, deje ver, ¡ah sí!, aquí está. Llamó al bellboy y le dió el número de la habitación. Este cargó las maletas y Henry le siguió. Subieron en el elevador hasta el piso 13. Le llevaron a la habitación 1311. Dió $5.00 de propina, era espléndido, no importaba; el gobierno cubano pagaba los gastos.

Mientras tanto, abajo, en el lobby, un oficial cubano que estaba cerca y había oído se aproximaba a la carpeta y preguntaba con voz áspera:

—Dime, ¿es ese el señor Mills?

—Sí, contestó nerviosamente el de la carpeta, pues en Cuba todos temían a los militares.

—¿Cuál es su cuarto?

—El 1311.

El oficial subió. Abrió la puerta de la habitación de Henry a quien encontró desempacando las maletas.

—Buenas tardes, dijo con su ronca voz el oficial. Yo soy el capitán Durán, su contacto con el general Salazar.

—Entre por favor, y siéntese, le dijo Mills a aquel hombre trigueño y de tosco aspecto. Este entró y se sentó.

—¿Y bien?, preguntó Henry.

—Mañana se entrevistará con el general; esta noche yo le llevaré a pasear, contestó Durán. Estaré aquí a las 9:00 p.m.

—Muy bien.

Esa noche se divirtieron mucho, visitaron los más famosos cabarets y casinos de la ciudad acompañados de bellas y exuberantes muchachas que los llevaron a sus habitaciones en algunas casas de La Habana.

Después de almuerzo, al día siguiente, partieron hacia el campamento de Columbia, sede del Ejército, en un automóvil particular. Una vez allí fue llevado al edificio del odiado Servicio de Inteligencia Militar. Al pasar por un pasillo una puerta abierta indiscretamente dejó ver cómo eran arrancados los ojos de un joven cuya edad no pudo precisar. El grito fue horrible.

—Usted no ha visto ni oído nada, por su propia salud, Mills; le dijo el capitán Durán.

—No, contestó secamente Henry dominando internamente su horror con algo de miedo y su habitual cinismo personal.

Más adelante unos jóvenes eran apaleados hacia adentro de una celda. Durán y Mills repitieron las mismas palabras de la ocasión anterior.

El general Salazar era un hombre de unos sesenta años, rubio y bajito.

—Buenas tardes, le dijo al entrar el general. Siéntese señor Mills. Le tendió la mano cordialmente; Henry se la estrechó.

—Pues, hablemos, dijo el general.

El despacho al que le habían conducido era muy lujoso. Todas las paredes estaban cubiertas con estantes de las más finas maderas, llenos de libros que por la apariencia no habían sido leídos nunca. Había una ventana de cristales al fondo, que daba a un patio. La luz penetraba por los cristales cerrados, pues había aire acondicionado. Un lujoso escritorio estaba situado frente a la puerta y pieles completaban el mobiliario de la espaciosa habitación.

—Bien, iré directo al grano, dijo Henry. La compañía quiere $100.000,000.00 por las armas.

—Pero en el acuerdo de Washington entre la compañía, el embajador de Cuba, el embajador de Nicaragua y el funcionario norteamericano que va a facilitar la venta el precio fue de $50.000,000.00. contestó el general Salazar con una expresión de asombro en su cara que le hizo echar hacia adelante su pecho totalmente cubierto de medallas.

—El precio es $100.000,000.00, repitió Henry con su cara impasible.

—Tendremos que consultarlo con el General, respondió Salazar. Veré la forma de arreglarlo hoy. Espere esta noche en su hotel noticias mías.

Se estrecharon la mano y Henry se retiró. Volvió a pasar por los oscuros pasillos y salió a la calle. Fue conducido al hotel.

A la 1:00 a.m. se presentó Durán. Le halló leyendo en la cama un libro poco edificante.

—Vístase, le ordenó, vamos a ver al Presidente.

Henry lo hizo así. A los 25 minutos ya habían tomado el auto que esperaba abajo. El general Salazar los esperaba en el auto. Un carro del SIM les escoltó. Poco tiempo después estuvieron en el Palacio Presidencial. Entraron por la puerta del fondo y subieron en el elevador hasta el tercer piso. Penetraron por una puerta blindada en la atmósfera refrigerada de un lujosísimo despacho. Tras el escritorio de ébano incrustado en oro y delante de estanterías de libros se distinguía la mulata y un poco rolliza figura de Fulgencio Batista. Vestía un traje gris y leía con espejuelos unos papeles. Había varios soldados en atención en la habitación y dos en la puerta.

—General, este es el señor Mills, dijo Salazar a Batista señalándole a Henry. Batista le extendió la mano que Henry estrechó.

—Déjanos Pedro, dijo Batista a Salazar; y acuérdate que hay que pagar al agregado militar americano. Salazar y Durán salieron del despacho.

—¿Y bien, Mills, me dicen que quiere usted doblar el precio? preguntó Batista.

—Verá señor Presidente, le contestó Henry en un tono zalamero; los pagos a las personas han tenido que ser aumentados, pues todos los complicados desean más dinero y hay que pagar, además al embajador de E.U. En fin, hay que aumentar el precio.

—Bien, no voy a regatear. Me hacen falta las armas. Pagaré su precio, Mills.

—Muchas gracias, señor Presidente, le dijo Henry. Las armas serán vendidas a Nicaragua quien las revenderá a Cuba tal como se acordó. Ahora, buenas noches.

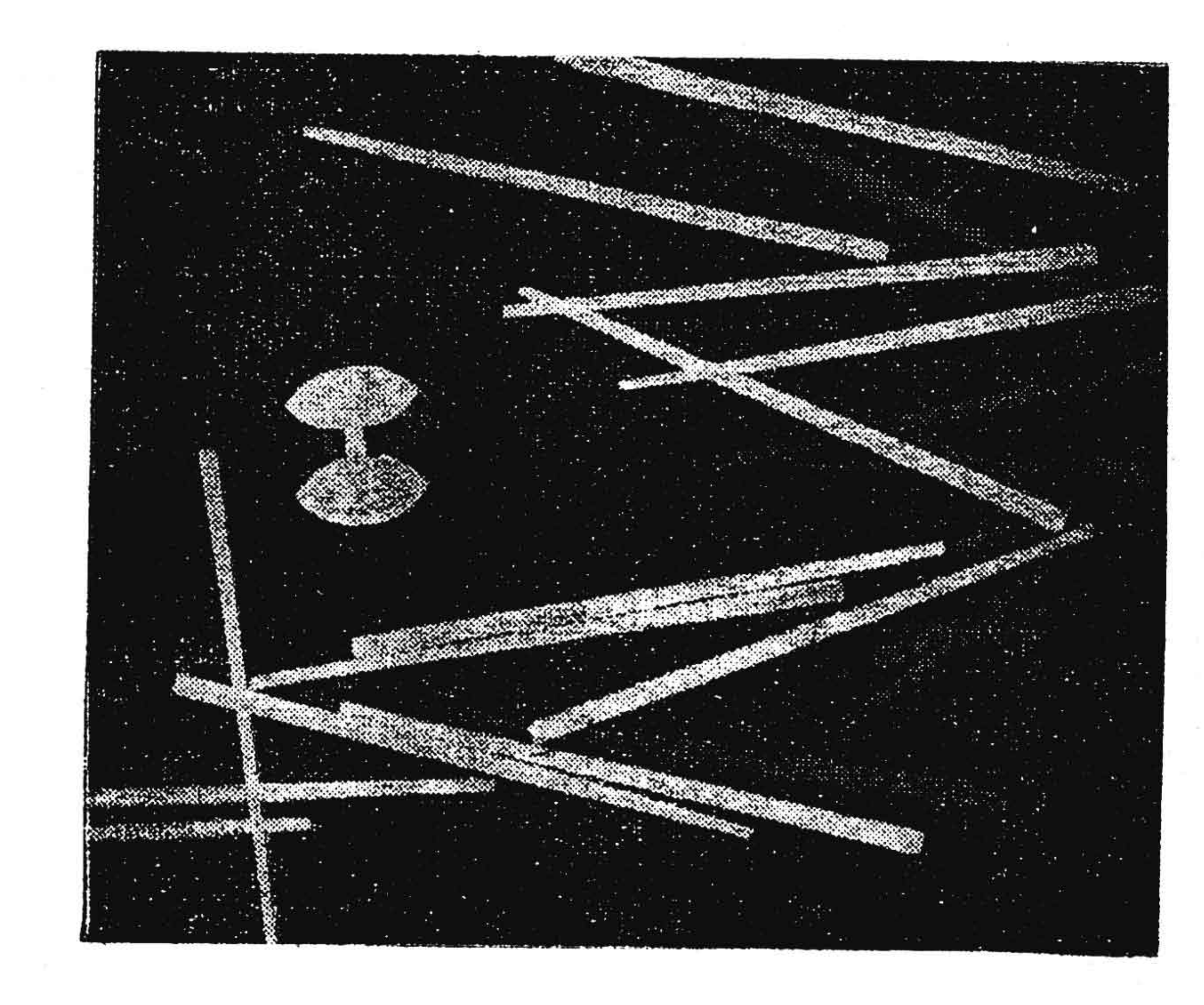
Henry Mills salió contento. Había cumplido su misión. Había dos millones de pesos en el asunto para él por fuera. Era un negocio redondo. No le importaba el dolor que las armas iban a causar en familias enteras, a él no le interesaba; era un mercader de la guerra. De todas formas, estaba pensando, mañana saldré de Cuba.

El automóvil subió la rampa de entrada del hotel Hilton por la calle L. Henry abrió la portezuela. En ese mismo momento un carro patrullero de la policía, sonando la sirena y de un corte, forzó a un auto a parar. El patrullero paró también. Precipitadamente se bajaron tres jóvenes y una muchacha del auto y corrieron hacia la puerta del hotel. Los policías se bajaron también y corrieron tras ellos disparando. Henry se disponía a entrar en ese momento, de pronto se sintió herido en la espalda. Sus carnes ardían como si les hubieran pegado hierro encendido, su vista se nubló y cayó muerto de espalda sin haber entrado. Eran las 3:12 a.m. Los policías se detuvieron ante su cadáver, mientras los jóvenes revolucionarios tenían oportunidad de escapar.

TU AHI YO AQUI

por ángel árango

espaniados minutos abren aborchonados mis persianas
y se van
cabalgando por las enramadas y por las prolongadas columnas
de números y guarismos incorporados a mi anatomía
hay un teléfono de recetas calumniosas
que calcina mi conciencia y es un libro de texto
o una página olvidada en el ruido de los tranvías
entre campanadas
la iglesia se empina y calza sus botas de brillo
y sus espuelas
el centro de estudios la universidad
mi pequeña biblioteca de espíritus cansados
mis cuatro o cinco amores
el sol el frío el guarapo y la almohada
esa apatía intensa por virarse de espaldas
ese anudarse al tobillo la corbata
ese mecanismo interno de no hacer nada
de ver cruzar los barcos por el borde de la acera
y los autos junto al cielo
y los aviones como flechas por dentro de los ojos
ignorándolo todo
como un puñado de raíces fluviales que esconden peces o ranas
a una edad precisa
una edad de Cristo
una edad eterna y sin embargo nada
edad-nada edad fichada
una edad con un ataúd por meta y dos o tres poemas colgando
del cuello como cadenas o como almas
o como perlas ¿por qué no?
de donde tú te agarras
unas perlas triangulares y pesadas como recuerdos tontos
como palmadas
o pisadas
oro y nácar
tú ahí yo aquí
inútil como nunca sin saberme sin verme sin encontrarme
teniendo que asomarme a los tejados como un gato
para rizar mis nervios con el humo de las fábricas
o con el oleaje de las banderas desatadas
o con el movible rabo de los canes
olfateándose a sí mismos como yo
en una identificación tardía
sin retrato ni máscara ni huellas digitales
reducido a esta última gota que te entrego



REGRESO

Vengo de regreso ya cansado
de recorrer tantos caminos
tratando de abarcar talles
siempre en busca de falsas ilusiones y placeres

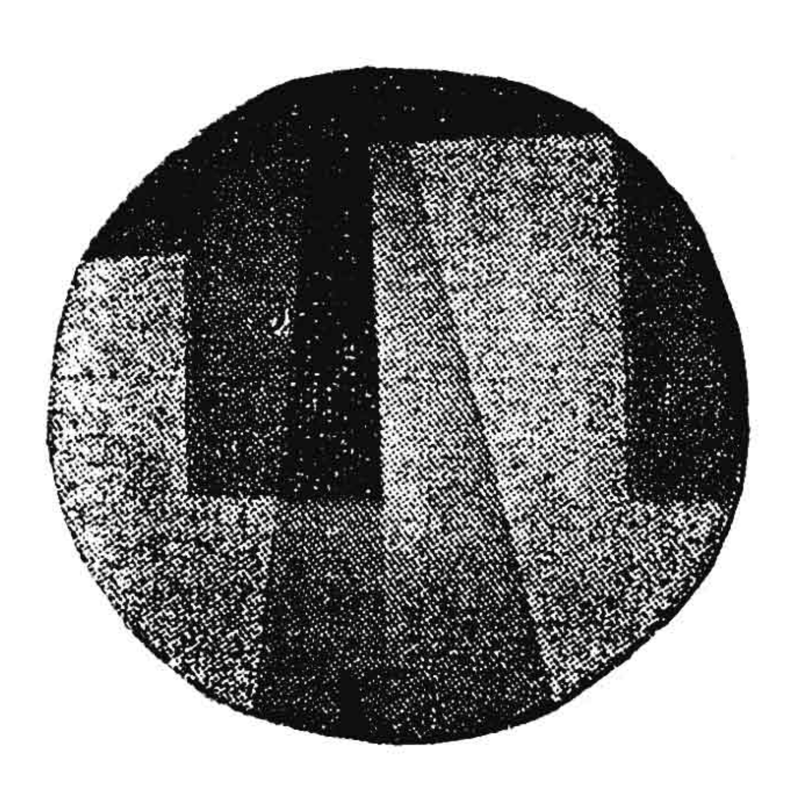
He vuelto de nuevo a los mismos lugares
me he asombrado de que aún llegue la primavera
y de que todavía los niños canten
en Pascua y Año Nuevo.

Veo aún grupos de jóvenes en las esquinas
que silban, ríen, y juegan al prohibido
las estatuas siguen frías y erguidas
ajenas a los años y a los pájaros
que en ellas forman sus nidos.

Transito calles que siguen estrechas
con su olor penetrante a nuevo asfalto
y ya sin las huellas, que cuando eran de tierra
dejaran mis pasos.

Ilusionado trato de revivir lo pasado
pero es infecundo y estéril el esfuerzo
mis ojos se niegan a no dejar de ver
que en estos años, antes de aquella, y esta primavera
han pasado varios inviernos, y los árboles
han soltado sus hojas.

Y aunque los villancicos sean los mismos
las voces y sus tonos lo imiten otros labios,
los grupos hacen otros chistes, e inventan
otros juegos
yo me miro al espejo, y noto que estoy más viejo.



por gerardo fulleda

MI CALLE

La llamo mía, egoístamente
como si el sol por que nos alumbre
nos da derecho a decir,
es nuestro.

Pero es que esta calle
está tan ligada a mi vida
como la Monja a su hábito.

Calle estrecha
con dobleces de vieja
sus casas, como de muñecas
y la algarabía de escuela.

Lugar para mí, grandioso
donde lancé mis primeros gritos,
y luego las piedras.

Por donde tracé mis primeros pasos.
casas siempre iguales
con las mismas gentes
que días tras días, se saludan
hasta que un día, hastiados
riñen.